

Lupov.—Vos lo decís; más no basta para que el mundo no piense mayor causa; y yo no tengo de creer que...

César.—¿quien no creyere... (¿que es no creer?) quien imagine que todo cuanto dijere yo, no es lo cierto, será el el que se engaña y...

Lupov.—Tente, no lo pronuncies: primero mira bien a quien ofendes.

[Sacan las espadas.]

En el jardín cuchilladas. Mañ.—Acuidad todos en breve...

Mar.—[Dentro.] Que es Don César.

Emr.—[Dentro.] Venid todos.

Salen Carlos, Matilde, Margarita, el Barón, el Emperador, Espolín y Criados.

Carl.—Tente, César.

Barón.—Señor, tente.

Marg.—Acuidad todos.

Mar.—Llegad.

Emr.—Pues ¿qué atrevimiento es éste?

Lupov.—Abrevimiento de honor, que nada duda ni teme.

Emr.—¡Vive Dios! Señor, si aquí me dejaste, y aquí viene a buscarme la ocasión...

Emr.—Fuera, digo, ¿quién se mete con el duque mi señor?

Barón.—Quita, loco.

Emr.—A ambos ponedles en dos torres, hasia que a todo el mundo escarmentete.

Lupov.—Pues ya que haya de morir, dire a voces claramente por qué muero, porque nunca fató mi honor, limpio siempre.

César con galanterías públicas ha que me ofende muchos días, y aunque fueron sin duda como se entiende debajo de los pretextos de esposo, hoy no lo parece, pues se excusa de cumplir la palabra que me tiene dada.

César.—Dos disculpas tengo, que entranbas están presentes. Margarita, que me ha dicho que la enoja y me aborrece; y Matilde, que ha mostrado que me estima y que me quiere. Pues si presentes las dos hoy están, ¿fuera decente dejar de ir a quien me ama, por ir a quien me aborrece? Y así, con licencia fuya.

Matilde, a tus pies me vienes; que aunque es verdad que adoré a Margarita, desdénas solicitaron conmigo que todos experimenten que es el medio mas fuerte para vencer a amor, querer vencerles.

Mar.—Verdad es que yo le he dado ocasión que me desprecie. Y que mis afectos premie. Emr.—Pues ¿que queja os queda a vos, si el elige a quien le quiere?

Lupov.—La de la publicidad. Marc.—Deso, señor, no te quejes; que tan públicas han sido mis soberbias altivaces como sus finezas, y hoy los que fus al amor dijeren, dirán del desprecio mio, y todo en fin, se resuelve en que el medio es más fuerte para vencer a amor, querer vencerles.

Emr.—Yo, en albricias de la boda, es bien que el enojo temple. Emr.—Yo, que pida de las faltas perdón, a esas plantas siempre.

Facultad de Humanidades
CFR-RP

SMJL-G 130647K

MAÑANAS DE ABRIL Y MAYO

NOTA PRELIMINAR

Coranilo situa esta obra en el año 1632. Sin embargo, debió de ser escrita más tarde. Nos fundamos en la referencia que se hace en la comedia, al Nuevo Palacio del Retiro, que no estuvo terminado según el autor citado hasta 1634 (1). Calderón compuso con motivo de su inauguración un auto sacramental titulado del nuevo Palacio del Retiro. Pasada la mitad de la jornada l escribe nuestro dramaturgo:

Beta mañana salí a ese verde hermano abito, divina maravillosa, a ese ameno paraiso, a ese porte, rica alfombra del más supremo valdicho, dosel del encanto piamante, con privilegios de quinto, esparte en fin de los rayos de Isabel y de Filipo.

Espero porque distraída voy, pasador, hablar, yel, propuntar y responder, ser vista en efecto y ver...

La ley de la naturaleza sonrie impotente a la reflexión. Y Calderón, se nos manifiesta con apariencia cortesana y ríocoso. La reconstruida forma de escribir del dramaturgo, creta siempre al discurso del pensamiento primero y a los caracteres de la protagonista después, ha tratando su cerrazon intrapética, creando un paisaje y su acción, es decir, un porque y una intriga. Las relaciones entre damas y caballeros están basadas en enigmas y distimulos. Ints, criada de doña Ana, dice:

Hombres y hembras así van a otros se engañan.

El caballero mente, prescinde de la palabra dada, galantea a toda mujer que pasa junto a él, y, sin embargo, sospecha de la fidelidad de la amante por el más peregrino indicio, heterodoxa objeto de una vigilancia constante al

(1) Sin embargo, las altavoces y albricias a estos jardines empujan antes José Folleer escrito en 1632 su elogio a estas construcciones.

hacer en todos sus actos. La dama a su vez no suele contentarse con el orden establecido y gusta de asomarse a la acertura, que puede proporcionalmente, por ejemplo, un paseo por el parque. Esto ha de hacerse escondida, embocada, con objeto de no señalar su personalidad. En este juego de capras y murmulos lo esencial es que la acertura no se haga pública. Puede mentarse siempre que la ficción no sea reconocida. La intriga comienza, es una costumbre de Childeon, por el acaso, por la casualidad. Un caso describe la conducta de un caballero o una dama sin que él o ella se percaten. Se crean equívocos. Se desvela el mundo de la apariencia, y un clima misterioso arrolla consigo la confusión de los personajes, complicación de situaciones y entremetimientos del pánico.

La acción se desarrolla entre varios individuos, muy pocos, generalmente, cinco o seis. En este caso: don Juan y doña Ana, amantes, doña Clara y don Hipólito, novios, el agraviado don Luis y el amigo don Pedro. La vida de todos ellos se entremezcla, unas veces por intereses y afectos, otras por inesperados encuentros. Las damas tienen celos y los caballeros también, y nadie conoce la verdadera situación en que se halla.

Se refleja el ambiente real de las conversaciones y marmuraciones de la época que se suscitaban, entre los grupos de amigos, que iban al parque a ver pasar las damas hermanas.

Desde aquí podemos ver la gente que va balanceado. Qué tiempo va encorvado. Don Sancho así a la mujer de aquel terrado, su amigo!

Aguéila, ¿no es Fiora?
Sí.
Harto es que a fiesta de a pie haya venido.

¿Por qué?
Porque en mi vida la vi
sola en coche. Por aquesta
fué por quien se ha presumido...

Y más alta de la vos inflexible del
maldiciente se oye como cantan:

Matancas floridas
de abril y mayo,
desperdici a mi vida,
no guerra tanto.

Tema popular de gran belleza.

Ante los murmuradores pasan dos tardes llenas de garbo y de atractivo. Uno de aquellos, Hipólito, especie de Don Juan, se acerca y comienza el bello parlamento:

Señora Doña Tapada...

El personaje Hipólito, maldiciente y vano—frase peculiar suya es que tengo buena estrella con las mujeres—agudo, presuntuoso, en el que corre más la imitación que la reflexión, nos lleva a pensar, por su fuerte personalidad que tal vez sea un retrato de algún ser real de la época a quien el autor no apretó.

En este ambiente de intriga y galanteo se llega a afirmar que es más honrado el mal que el bien.

—¿Qué queréis? Es más honrado el mal que el bien.

—Yo, sí. Pues dudo del bien cuando dice, y del mal creo cuando imagina, y mirad cuál es más honrado, puesto que uno siempre está buscando verdad, y otro está mintiendo...

Las descripciones en el parque son muy bellas:

Más hermosa el sol parece
porque embosado amanece
entre nubes de oro y grana.

Y sigue la filosofía intrascendente en forma de conseja sobre la mujer y el hombre:

Bien en tantos pareceres
hay diron cuantas te ven,
que sólo queremos bien,
bravadas mal, las mujeres.

Que si has de olvidar a un hombre
porque a una habie y a otra vea,
no hay que querer a ninguno;
que maldito de Dios sea,
señora, el que hoy que no digna
lo mismo a cuantas encuentran.

Doña Lucía, la dueña, se entretiene por la noche con Arceo, por quien siente inclinación, y con el que habla y ofrece a placer, manteniendo un diálogo picante e ingenioso.

Y entre toda esta confusión y intriga se desenvuelve la trama principal entre don Juan y doña Ana. El amante aparece en escena—es el comienzo de la obra—bajo el aspecto de un ser misterioso, especie de aporreado, embocado o cubierto, que llama a una casa a medianoche. No falta la alusión al Burlesco de Tirso:

Claro
que esta fantasma apocriba
y que tendis mi respetos
del convidado de piedra.

El amor de los protagonistas, animado por los celos intensos del galán, que por haber dado muerte a un caballero se encuentra perseguido por la Justicia, es una manifestación platónica y delicada, entre evocaciones finas y chulterinas:

Esta es el balcón por donde,
en tornasoles envuelta
sale el alba a todas horas,
de jaramas y azucenas
coronada, pues el día
en sus umbrales despierta.

Doña Ana alcanza expresiones de perfecta forma. Recordemos el momento.

en que venido hacia el lecho, desesperada por no haber encontrado a su amigo, dice:

—Oh, si a este vino cadáver
hay ese lecho de pluma
sepulcro fuera de jape.

Utiliza Calderón en una de las excepciones de la frase ya sabéis que viento en popa, usada por él en varias ocasiones, y que luego utilizaría Sor Juana Inés de la Cruz en su celebre Respuesta a Sor Filotea de la Cruz.

No faltan tampoco expresiones tan propias del dramaturgo y de su retorcido barroco como: «cabe la hidropíca sed, ni tampoco la alusión a la Dama Dueña»:

—Otro diablo? ¡Vive Dios
que bienen, aquestos lancos
cosas de la Dama Dueña!

Mañanas de abril y mayo fué impresa en la Tercera Parte de Comedias de don Pedro Calderón de la Barca, 1664 (1).

(1) Para el texto hemos seguido esta edición.

MAÑANAS DE ABRIL Y MAYO

PERSONAS

DON JUAN,
DON PEDRO,
DON HIPOLITO,
DON LUIS.

ARCO, escudero,
Pepón, escudero, ve-
jete.

DOÑA CLARA,
DOÑA ANA,
DOÑA LUCIA,
Inés, criada.

[La acción pasa en Madrid.]

JORNADA PRIMERA

[Sala en casa de Don Pedro.]
DON JUAN, embosado; ARCO, con una
bujía en un candelero.

ARCO.—Ya he dicho que no está en ca-
mi señor, y es, caballero
o fantasma, o lo que sois
en vano esperarle, puesto
que no sé a qué hora vendrá
a acostarse.

JUAN.—Yo no puedo
irme de aquí sin hablarle.

ARCO.—Pues en el portal, sospecho
que estaréis mucho mejor.

JUAN.—Mejor estaré aquí dentro,
ARCO.—Muerto de capa y espada,
que tan pesado y tan necio
has dado en andar tras mí
rebozado y encubierlo,
agradecido al Señor
que te tengo mucho miedo;
que si no, yo te pusera
a cuchilladas muy presto
en la calle.

JUAN.—No lo dudo;
mas no os turbéis: de paz vengo,
De Don Pedro soy amigo,
sosegado.

ARCO.—¡Lindo sosiego!

JUAN.—Y sentaos aquí.
Yo estoy
en mi casa, y si yo quiero
me sentaré. Pues estad
como quisieredes.

JORNADA PRIMERA

ARCO.— ¡Cierro
que sois fantasma apacible
y que tendréis mil respetos
del Convidado de piedra.

JUAN.—Decidme: ¿qué hace don Pedro
fuera de casa a estas horas?

ARCO.—Juego o amor le divierte.

JUAN.—Todo es uno, a lo que pienso,
pues amor y juego, en fin,
son de la fortuna imperios.

ARCO.—Yo de ganancia ahora?

JUAN.—¿Está desfavorado?

ARCO.—No lo sé.

JUAN.—¿Pues sus secretos
no fía de vos?

ARCO.—No fía,
sino presta algunos dellos.
[Ap.] ¿No bastaba entremetido
sino preguntár?

Sale DON PEDRO.

PEDRO.— ¿Qué es esto?

ARCO.—[A DON JUAN.]
Esperad en hora mala
en la calle o el infierno,
si no queréis.

PEDRO.— Dime, loco,

ARCO.— ¿qué ha sido?

JUAN.— Vienes a tiempo:
que si un poco más tardaras,
a ese embosado, sospecho
que te echo por la ventana

tan alto, que desie vuelo,
ya que no siete-durmiente,
ino-volante, primero
que voliera, se mudaran
los trajes y los dineros,
y se hablarán otras lenguas.

PEDRO.— ¿Quién es?

ARCO.— No lo sé; mas pienso
que es algún hombre casado
que viene a verte encubierlo,
pues no se ha dejado ver
le cara.

PEDRO.— Pues, caballero,
¿a quién buscáis así?

JUAN.— Decid: ¿qué queréis?

ARCO.— ¿Vos
en quedando solos.

PEDRO.— ¿Ves,
si digo bien?

JUAN.— ¡Maldere,
salle allá fuera.

ARCO.— En buena hora,
[Ap.] Porque aunque ir a hablar ten-
con doña Lucia, la dueña
de mi vecina, más quiero
er hoy criado que amante,
y he de estarle aquí, por serlo,
escuñando cuanto digan.]

PEDRO.— Ya estoy solo, y solo espero
que me digáis, ¿qué queréis?

JUAN.— Cerrad la puerta. Suspense

me tenéis. Ya está cerrada.

JUAN. [Desembosase.]
Pues ahora, a esos pies puestos,
me dad, don Pedro, los brazos.

PEDRO.— ¡Don Juan, amigo! ¿Qué es es-
to? Como os atrevéis a entrar
así en Madrid, sin que el riesgo
de vuestra vida mireis?

JUAN.— Como la muerte no temo;
así no guarado la vida.

que ya, de tratarla, tengo
con la compañía perdido
a mis desdichas el miedo.

Ye sabéis (como quien fue
por la vecindad, tercero
de mí desdichado amor)
aquel venturoso tiempo
que amé a doña Ana de Lara,
euyo divino sujeto
se coronó de hermosura,
se laureó de entendimiento.

Uiano con mí esperanza,
y con su favor soberbio,
viví. En esto no me alabo,

antes me desluzco en esto:
que en meterlas de favores
es tan desdichado el premio,
que es el que los goza más,
el que los merece menos.

Ya sabéis que viento en popa
este amor, este desno,

en el mar de la fortuna,
tuvo de su parte al Cielo,
hasta que, alterado el mar,
el bal del pensamiento
en pilágos de desdichas
corrió tormentas de celos.

Una noche... Ciegamente
lo que vos sabéis os cuento:
pero dejad que lo diga,

ya que es el pensar tan necio,
que repeterle el consuelo.

Una noche, pues, salí
de su casa yo, creyendo
que para mí solo estaba
el falso postigo abierto
de un jardín, cuando, llegando
a abrirle (¡ay Dios!) por de dentro,
hacia la parte de afuera
lancer otra llave sienta.

Suspende la acción, y a un lado
me retiro, por si puedo
mis celos averiguar.

si es que han menester los celos,
para estar averiguados,
más diligencia que serlo.

Entreabrieron el postigo,
y a la poca luz que dieron
las estrellas en la calle,
entrar solo un hombre veo
que sin luz y sin razón,
andaba dos veces ciego.

Bien le pudiera maliar
a mí salvo entonces; pero
quise apurar la malicia
a mis desdichas, y quedo
me estuve un rato. ¡Mal haya
tan curioso sufrimiento!

El, tentando las paredes
(que no estabas, no, tan diestro
como yo en ellas, que habla
estudiadolas más tiempo),
llegó a tropezar en mí
y deslumbrando, viendo
que había gente en el portal,
dijo atrevido y resuelto:
«No puede haber aquí nadie,
que matarlo o conocerlo
no me importe; otro no tenga
las dichas que yo no tengo.»

No sé que le respondi,
y los dos con un esfuerzo
hasta la calle salimos,
donde los dos cuerpo a cuerpo
relinos, hasta que igual
partió la fortuna el duelo
entre los dos (¡ay de mí!);
pues a quien me dió primero
celos, le di yo la muerte,
como quien dice: «Hoy intento
que sea paz de nuestra lid,
o morir, o tener celos»;
y dádomela lo peor.
Quede celoso, y el muerto.

Al ruido de las espadas
llegó la justicia luego,
y yo, apretando a los pies
de la ejecución que hicieron
las manos, me puse en salvo;
mas no tanto, que cogiendo
un criado, que esperaba
con un rocin en el puestro,
no diése a la justicia
quién era. Sólo por esto
son señores los señores,
que al fin se sirven de buenos.
Con esta declaración
me ausenté; mas no pudiendo
vivir ausente y celoso,
de esta manera me he vuelto
a Madrid, y confiado
en vuestra amistad, me atrevo
a venirme a vuestra casa;
y escarmentado en efecto
de la lengua de un criado,
me he recatado del vuestro.
Aquí estaré algunos días,
sólo hasta saber si puedo
ver a doña Ana, por quien
tantas desdichas padezco;
que aunque es verdad que ofendido
estoy, la escitino y la quiero
tanto, que sólo a quejarme
hoy a la corte me vualvo,
por ver si acaso (¡ay de mí!)
se disculpa; que si llego
(hablaré alguna noche,
siendo vos solo el tercero)
a otr satisfacción (que antes
que ella la diga, la creo),
me irá a Filandes, consolado
de que sus disculpas llevo,
que haciendo amistades, sean
camaradas de mis celos.
Porque así estaré seguro,
que ni el pesar ni el contento
me maten: bien como aquel

que está herido de un veneno
y otro veneno le cura;

que éste es el último extremo
de un hombre celoso, pues
no puede, ni yo lo creo,
hacer de su parte más
que decir: «Quejoso vengo
a crear cuanto digáis;
y, pues, que vivir no puedo,
hacer que muera del gozo,
si he de morir del tormento.»

Pedro.—En dos empujos me pone
la merced que me habéis hecho
de valeros desta casa
y de mí, y es el primero
el ampararos en ella;
y así, cortésmente ofeso
y así, cortésmente ofeso
casa, hacienda, honor y vida,
don Juan, al servicio vuestro,
El segundo es ayudaros
en vuestro amor. Para esto
y para todo, es forzoso
(supuesto que al ha de veros)
fáros dese criado;

que aunque ha poco que le tengo,
tengo del satisfacción.
No hablo ahora en vuestro platio;
que ya sabéis que un don Luis
de Medrano, que era deudo
del muerto, es quien se ha mostrado
parte.

Juan.—Ya dos conocemos
los dos.
Pedro.—Pues esto dejado
(porque en efecto no quiero
hablaros en penas hoy),
de doña Ana lo que puedo
deciros es que ni el nostro
la he visto desde el sucesso
dessa noche, ni en ventana,
ni en iglesia, ni en paseo
de Prado y calle Mayor;
que es mucho para mí, siendo
como soy, vecino suyo.

Juan.—Pineza es, don Pedro. Pero
¿quién puede a mí asegurarme
que es por mí, y no por el muerto
ese luto que ha vestido
su hermosura?
Pedro.—Más, ¡qué presto
a lo que le está peor
discurre el entendimiento!

Juan.—¿Qué queréis? Es más honrado
el mal que el bien.
Pedro.—No lo entiendo.
Juan.—Yo sí, pues dudo del bien
cuanto dice, y del mal creo

cuanto imagina; y mirad
cuál es mas honrado, puesto
que uno siempre está tratando
verdad, y otro está mintiendo.

Pero lo que de la noche
restaba al nocturno velo
se ha desvanecida ya,
de la hermosa luz huyendo
del sol. Recogeros, y haced
del día noche.

Pedro.—No puedo,
porque tengo a aquellas horas
que hacer, y antes agradero
haberme hallado vestido.
Juan.—Desvelado galanteo
tenéis, pues os recogéis
tan tarde, y volvéis tan presto.

Pedro.—Ando por averiguar,
don Juan amigo, unos celos,
por dejar desengañada
una pretensión que tengo;
y he de ir al Parque, porque
su apacible sitio ameno
de las flores y las damas
es, el cortésimo Imperio
estás empañadas de abril
y mayo, y he de ir siguiendo
esta dama. Vos podéis
descansar en tanto. Arceo.

Sale Arceo.

Arceo.—Señor.

Haz que luego al punto
se haga en aqueste aposento
una cama y esto sea
con recato y con silencio;
que importa que nadie sepa
que al señor don Juan tenemos
en casa; y de ti lo fio
solamente. Adios.

Vase.

Arceo.—Tú has hecho
conmigo lo que se suele
con los galantes; y es cierto,
pues dellos nada hay seguro,
sino lo que se ía dellos.
Juan.—Yo me recaté de vos,
Arceo, hasta conoceros.

Vanse.

[Calle.]

Salen Doña Clara y Ivés [con mantos
y sombreros.]

Ivés.—En fin, has dado en que has de
Ir al Parque?
Clara.—¿Quieres saber
si puede dejar de ser,
Inés? Pues has de advertir
que me ha dicho que no vaya
a el don Hipólito; y creo
que fué alentar mi deseo
para que mas presto le haya;
pues si ayer cuando me habló,
que viniera me dijera,
presumo que no viniera;
y sólo porque llevo
a persuadirse que habia
de obedecerle, me ha dado
tal gana, que he madrugado
dos horas antes del día.

Ivés.—No es en nosotras hoy nueva
esta culpa, ese pecado;
que pecar en lo vedado
es el patrimonio de Eva.
Pero no sé la que diga
dese amor, dese deseo
de los dos, porque no creo
lo que a los dos os obliga.
Don Hipólito es un hombre,
por loco y por maliciente
conocido de la gente
más que por su propio nombre;
tú (perdona que lo diga),
mujer, en justo o injusto
muy amiga de tu gusto,
de tu libertad amiga.
El a todos quisio bien,
tu a todos quisiste mal;
dime, amor tan desigual,
¿cómo ha de parar en bien?

Clara.—Pensarás que me he enojado,
Inés, por haberme dicho
su cachicho y mi cachicho,
y antes gran gusto me has dado,
porque no hay para mí cosa
como hombres de extraños modos;
y que al fin me tengan todos
por vana y por caprichosa.
¡Qué! ¿quisieras que estuviera
muy firme yo y muy constante,
sujea sólo a un amante,
que ni desahara me hiciera
porque se viera querido?
Eso no; el que he de querer
con sobresalto ha de ser,

mientras que no es mi marido.

Y así, por darsele hoy a don Hipólito, quiero ir al Parque, donde espero, porque distrazada voy, pasará, hablar, reír, preguntará y responder, ser vista en efecto y ver; porque no se ha de admitir al amante más del por el gusto que ha de dar...

CLARA.—Pues ¿por qué?

Por el pesar que yo le he de dar a él.

INÉS.—Y tienes mucha razón, con lo cual hemos llegado a la calle, que fue Prado, en virtud del azadón.

CLARA.—Pues bajemos por aquí a la de Alamos, que es arrendajo del Pajar.

INÉS.—Parece que cantan.

CLARA.—(Vanse y suena dentro música.)

«Mañanicas floridas
de abril y mayo,
desperdada a mi niña,
no duermas tanto.»

[Parque del palacio de Madrid.]

Salen DON LUIS y DON HIPOÁLITO.

Luis.—Sólo hacemos compañía, don Hipólito, pudiera vencer de mi pena fiera, y la grave melancolía.

Hipól.—Por divertirnos yo a vos de vuestro primo, en la muerte, os traigo de aquesta suerte al parque, donde los dos divertamos la mañana.

Luis.—Mas hermoso el sol parece, porque emborazado amanece entre nubes de oro y grana.

Hipól.—Desde aquí podemos ver la gente que va bajando.

¡Qué tierno ya enamorado don Sancho allí a la mujer de aquel letrado, su amigo!

Luis.—Que es amistad, no se ignora, porque otro no la enamora.

Hipól.—A un pleito está aquí, y yo digo que parecec tomara

de los dos, pues le conviene verla a ella por el que tiene, como a él por el que da.

Luis.—Maldiciente estás. ¿Que nos os reducez yo?

Hipól.—Advertid

que no hay hombre hoy en Madrid de mejor lengua que yo.

Aguella, ¿no es Floria?

Luis.—Sí.

Hipól.—Harto es que a fiesta de a pie haya venido.

Luis.—¿Por qué?

Hipól.—Porque en mi vida la vi sólo en cocine. Por aquesta fue por quien se ha presumido que le dio a su marido.

«Con lo que la casa cuesta de alquiler, echemos coche.»

Y volviéndola a decir:

«¿Pues donde hemos de vivir y estar el día y la noche?»

Dijo: «Si el coche tuviera, sin casa vivir podía.

en el coche todo el día y de noche en la cochera.»

Luis.—Eso es como lo que pasa a doña Clara de Ovale.

pues viviendo hacia la calle, la sobra toda la casa.

Hipól.—Es verdad, y cierto día, cumpliendo el plazo, el casero vino a pedirle el dinero.

de la casa en que vivía, y ella dijo: «¿Hay tal traición?

¿Esta desvergüenza pasa?»

Aunque yo alquilo la casa, no vivo sino el balcón.»

Luis.—¡Qué diera, porque os oyerá!

Hipól.—Por eso no lo otra, no: que anoche la dije yo que de casa no saliera.

Salen DOÑA CLARA e INÉS.

CLARA.—Mejor mañana no vi en mi vida.

INÉS.—Ni yo, a fe.

Pero tapate.

CLARA.—¿Por qué?

INÉS.—Don Hipólito está allí.

Luis.—¿Habéis visto en vuestras vida mujer más arosas?

Hipól.—No: ni al parque jamás salió más aseada y bien prendida.

Luis.—Pues la donada, por Dios, que no es muy mala.

Embistamos esta empresa, pues estamos en el campo dos a dos.

INÉS.—(A su ama.)

Don Hipólito y don Luis llegan a hablarlos.

CLARA.—Repara en que de ninguna suerte respondas una palabra;

que no quiero que los dos me conozcan.

INÉS.—Si tapadas

escamos, y en este traje, que es en el que todas andan, ¿cómo te han de conocer?

CLARA.—Si le respondo, en el habla; que persuadirse que puede estar segura una dama exaltamente con taparse, es bueno para la farisa, mas no para sucedido.

Hipól.—(A Doña Clara.) Señora doña Tapada,

que a honrar el festín alegre que hoy la primavera traza en este verde salón

(donde vivas flores danzan a son del agua en las piedras y al son del viento en las ramas) de rebozo habéis venido.

dad licencia cortesana a un hombre para que os diga que ha sido acción excusada madrugár tanto, supuesto que arbitro del sol y el alba esa negra sutil nube que consigo la mañana;

y a cualquier hora que vos descubriéades la llama, amareciera, y tuviera luz el día, silencio el aura.

¿No me respondéis? ¡Por serías me habláis! No me desagrada.

¿Ni aun para pedir no habláis?

¿No? Pues sois la mejor dama que he visto en toda mi vida.

¡Botocías me pide el alma de que me ha deparado una mujer que no le pide, y calla.

Luis. [A Inés.]

¿Y vos también profesáis la religión cartujana?

¡Linda cosa! ¡Vive Dios!

que ha dos mil años que andaos buscando! Mas que seáis

tuerta, zunda, coja o manca, pedigrifeña, melindrosa, contrachecha, toma o calva, desde aquí por vos me muero.

Hipól.—[A Doña Clara.]

Ya que me negáis el habla, como si hubiera refido con vos, mostradme la cara.

¿Ni eso tampoco? Mirad que dais a entender que es mala.

¿Es verdad? Yo no lo dudo; mas mujer tan extremada no ha menester perfección mayor, que no hablar palabra.

Mas si yo no entiendo mal, eso es decir que me vaya.

Pero veis aquí que yo no quiero entenderos nada;

que en mi vida he sido mudo, y muy poco se me alcanza desto de hablar por la mano.

¿Qué hacéis? ¡Volverme la espalda! Arte de enseñar a hablar a los mudos, oye, aguarda.

Luis.—No vi mujer en mi vida de mejor gusto.

Hipól.—Su casa separaos; que ¡vive el Cielo! que he de verla y he de hablarla hoy en ella, hasta saber en que este embaleco para.

Luis.—Siganos, pues.

Hipól.—Siganos; que ya veis cuánto me arroya una mujer tramoyera, pues el serlo sólo es causa de que a doña Clara ame; y aquesta, si no me engaña la pinta, lo es mucho más que la misma doña Clara.

Vanse.

[Sale en casa de Doña Ana.]

Salen ARCO y DOÑA LUCÍA.

LUCÍA.—No me tienes que decir; que no he has de discurrir de hacerme anoche esperar.

ARCO.—No pude anoche esperar.

LUCÍA.—Vive Dios!, doña Lucía.

¡Vive Dios! Pues ¿qué huviste que hacer?

ARCO.—Si eso pudieras saber, supieras que la fe mía te traía verdad.

Lucía.— Pues ¿qué es que yo saberlo no puedo?
Arcego.— No es nada.
Lucía.— Ofendida quedo dos veces de ti, porque no venir anoche a verme, hoy venir y no farme un secreto, es agravarme, Arcego.

Arcego.— No sé qué hacerme. ¡Eh! No haya secreto entero, que eres dueña y soy criado. Anóche entro rebozado en mi casa, un caballero por mi señor preguntando unas que has de callar (dicierte). Este, pues, por una muerte ausente está; y aguardando a mi señor, me detuvo (nadie, en fin, lo ha de saber), pues hasta el amanecer hablando con el estivo. Luego en casa se quedó, donde dice que ha de estar (mira que lo has de callar) escondido, y sólo yo lo sé; que, en fin, soy secreto. Don Juan de Gusman se llama. De la casa de una dama (que esto no ol bien, en efecto), saliendo una noche, dió a un caballero la muerte. Y en fin, está desta suerte retirado, donde no lo saben más que los dos y pues me fio de ti, esto no salga de aquí. ¡Bendito sea mi Dios, que salí deste cuidado!

Lucía.— Y yo por él darle quiero los brazos.
Arcego.— Más bien espero.
[Abrazate.]

Sale Peruvia, vejete.
Peru. [*Aparte.*]
A muy mal tiempo he llegado. ¿Hay tan gran bellaqueería? Arcego.— Peruvia a los dos nos vió. Lucía.— Pese-imperte; porque no es muy celoso Peruvia.
Mas vede de aquí. Si haré, y corriendo como un potro, Peru.— Doña Lucía, si otro entrara, como yo entre, [Vase.]

¡estaba bueno el honor desta casa! A mi señora he de contar cuanto ahora pasa, pues de tu rigor vengarme, ingrata, hoy espero. Hecho estoy un fuego, un rayo. ¿De cuándo acá así un lacayo se prefiere a un escudero? Lucía.— Unas cartas me ha traído este hombre de un hermano que está en las Indias; y es llamo que el abrazo el porte ha sido, pues sólo te quiero a ti.
Peru.— Pues trucea el modo, cruel, y desde hoy querele a él, y dame el abrazo a mí.
Lucía. [*Abrazándole.*]
Si abrazate. [*Ap.*] Procurando hacer que calles. ¡Supuesto... Mas ¡mi señora!

Sale Doña Ana [con manto.]

Ana.— ¿Qué es esto? Peru.— Es que andan aquí abrazando. Lucía.— Hame traído Peruvia nuevas de un hermano mío, y gozoso mi albedrío tales extremos hacía.
Peru.— Es, señora, caso llano, y creencia te conviene. [*Ap.*] Para cada abrazo tiene doña Lucía un hermano.)
Ana. [*A Peruvia.*]
Salga, y mire si está puesto el coche; que es hora ya de ir a misa. Pues ¿no va presto?

Peru.— ¿Aguístico ¿no es ir presto? Lucía.— Tú, señora, ¿han dejada del alhío y la belleza, que, fuera de la tristeza, vives de ti descuidada? Ana.— No hay consuelo para mí, ni me has de ver en tu vida, sino triste y afligida.
Lucía.— Pues ¿qué remedias así? Ana.— ¿Quitan te ha dicho que yo quiero remediar, sino sentir? Aunque si llego a advertir que es el remedio primero del mal el sentir el mal; por sentirle más, no sé si el sentirle dejare.

pues es mi desdicha tal, que apelecendo el morir sin pretender resistirle, por no dejar de sentirle le dejare de sentir. Desde el día que a Don Juan en mi casa sucedió aquella desdicha (y yo veo que todos me dan la culpa sin merecilla), tan muerta y tan otra estoy, que aun sombra mía no soy.
Lucía.— Si tan noble como bella tu perfección me asegura de callarlo, yo dire que se donde está don Juan, sé. Ana.— ¡Qué neclamente procura tu honra divertir mi mal!

Lucía.— Yo sé dónde está; y aunque tú no lo oigas, ya lo tengo yo de decir. Don Juan a Madrid llegó (mas que lo calles te pido), y está en la casa escondido de nuestro vecino. Yo lo sé, porque una criada me lo ha dicho ahora a mí. Pero no salga de aquí; ya ves que es cosa pesada.
Ana.— ¡Qué dices! Lucía.— Lo que es verdad, Ana.— Siendo dicha mía, no sé si algún crédito la dé, siendo esa temeridad.

Salen Doña Clara e Inés [con mantos y sombreros.]

Inés [*Hablando aparte con su ama, a la puerta.*]
¿Qué es lo que tu pasión hacer procura? Clara.— ¿Qué? Llevar adelante una locura que aunque nada importara, se verme don Hipólito de Lara, por lo que se ha picado, no ha de salir hoy, no, deste cuidado. Inés.— ¿Que hay aquí gente, mira. Clara.— ¿Faltará a una mujer una men- que la saque de otra? Dama hermosa, el quien dice mujer, dice piadosa, un rato (mal mi pena signífico) que me dejéis entrar aquí, os suplico, [*A Doña Ana.*]

mientras un hombre pasa esa calle: sagrado vuestra casa sea de mi cuidado, pues casa de deidad siempre es sagrada. Ana.— Hoigáreme por cierto que sea, no sagrado, sino puerto, pues la congoja vuestra bien que os importa el ocultaros mientras. Lucía.— Un hombre aquí se ha entrado. Clara.— ¡Ay Dios, que es mi marido! Y vuestra piedad recorra aquí he de retirarme. Con prudencia hacer que una criada le despidia, porque me va la fama, honor y vida. Ana.— Pues decid... Clara.— Nada espero [*Entranse Doña Clara e Inés, dejando aquélla su sombrero a Doña Ana.*]

Sale Don Hipólito.

Hipól.— Perdonad que la estera, doxel florido de la primavera, donde son vuestros bellos respirando la primera oficina de las flores. ¡Pres pisar mi pie presume, caizado más de plomo que de pluma. Ana. [*Aparte.*]
[Disimular, fingiendo enojo, intenta.] ¿Quen os dió para tanto atrevimiento, caballero, osada? Hipól.— Yo la tomé de la ventura mía; que hasta veros, divina deidad, vencer la nube que, cortina de humo, ocultaba el fuego, descanso no tuviera; y así, ciego con el humo pasado, y ahora desos rayos abrasado, llorar y arder presumo; arder del fuego, pues lloré del humo. Ana.— No entiendo, caballero, ni se que causa he dado para que desta suerte hayáis entrado en mi casa. Si estera la llamáis de la hermosa primavera,

ni introduzcáis en ella tal desmayo,
que espire su esplendor antes del ra-

Si humo seguís, que en sombras se re-

no lo esperéis; que el humo nunca

Y si buscáis el fuego, [suave,
no os acerquéis a él, y volved luego;

que no vive enseñado a acciones tales

Hiról.—Vos, ni veros ni otros

en el Parque dejasteis, y el seguros

a riesgo de ofenderos,

también fué por otros y por veros.

Y ahora advertid que fuera acción

otros discreta, cuando os miro herma-

porque si allí, sin veros os oyea, [sa;
a la dulce armonía suspendiera

el alma y el sentido,

desa vez, que es veneno del oído;

y si hermosa os mirara

sin otros discreta, aquí posturara

alma y vida en despojos

Y así, porque no veneno de los ojos.

Y así, porque no muera al advertiros

tan hermosa, me da la vida otros;

y así, porque no muera al conoceros

tan discreta, me da la vida el veros;

está de un daño en otro defendida.

Quedad con Dios, en fin; porque no

ya que he sido atrevido, ser grosero;

pues ser grosero culpa mía habrá. [do,
y vuestra lo ha de ser, ser atrevido.

AVA.—¿Hay cosa semejante?

!Que entre un hombre marido, y sal-

Y de sus mismas penas desculpado,

hague celoso, y vuelva enamorado!

Salen Doña Lucía, Inés y Doña Clara.

CLARA.—¿Fué así?

CLARA.—Sí.

CLARA.—Tus pías pido.

CLARA.—Vos tenéis un finísimo marido.

CLARA.—Harto a Dios lo que paso en eso

pues sabe Dios lo que con él padecí,

AVA.—Creo, en fin, que era yo [triste,
[suceso]

la dama que siguió; que aun para eso

dirió el sombrero y el estar con más,

y el ser los trajes parecidos tanto; [to,
que, como en los conceptos repetidos,
se encuentran también dos en los ves-

[lidos

Salen Peruvia.

PERU.—Ya está el coche esperando, se

AVA.—Lucía, mira ahora [hora,
la calle.

Lucía.—Bien podrás seguramente

CLARA.—Aquesa vida el Cielo aumenta,

AVA.—Ved si serviros pueda

en otra cosa.

CLARA.—Yo obligada quedo,

[Ap. a Inés.] Y no sé si ofendida,

pues lo que no pensé en toda mi vida

que suceder pudiera,

que es tener celos yo [¿quién tal creyó/
[triste]

AVA.—Pues dime: ¿qué has sentido?

CLARA.—Que hay este hombre a otra

Y en mi misma presencia requiebado,

[Vanse Doña Clara e Inés.]

AVA.—Nada oigo, nada miro, nada sien-

que para mí no sea otro tormento.

Lucía.—Pues ¿qué tienes ahora?

AVA.—Ver que en todos la suerte se me

en todos convaliece.

Y sólo en mí de cualquier mal faller

Cuando es culpada, halla esta in-
así inocente pierdo yo la vida; [lida,
porque no está la culpa en que la cul-

se cometa, sino en no hallar disculpa.

[Vase.]

[Sale en casa de Don Pedro.]

Salen Don Pedro, por la puerta derecha,

y Don Juan por la izquierda, que se por

aposento, y enúntrense en el tablado

PERU.—Señal, don Juan, bien hallas,

JUAN.—Vos, don Pedro, bien venido.

¿Cómo en el Parque os ha ido?

PERU.—Mal.

JUAN.—¿Cómo?

PERU.—Como no he hallado

la dama que iba a buscar;

y creo que son desvelos

de otro amante, cuyos celos

hido por amantear, para que

para que desengañado cure con dolor al pecho;

que es mi amigo el que sospecho

JUAN.—¿Es doña Clara la dama?

PERU.—Sí.

JUAN.—¿Y el galán?

PERU.—Es un hombre

de buena opinión y nombre;

don Hipólito se llama.

Y esto para otro lugar,

vos, ¿qué habéis hecho?

JUAN.—Desesperarme, morir,

sin poderlo remediar.

Decid, ¿qué traza daremos

para que logren mi fe

ver a doña Ana?

PERU.—No sé,

que no hay verla. Mas pensemos

si habrá por dónde.

[Vase.]

Salen Arceco.

Arceco.—Señor,

don Hipólito, un amigo

le busca ahí fuera. Teatigo

no puede venir peor,

que él dirá cuánto supiere.

JUAN.—Por lo que puede pasar,

presente tengo de estar

a cuanto aquí sucediere,

a vuestro lado.

PERU.—No es justo

que os vea; a vuestro aposento

os retirad.

JUAN.—Mucho siento...

PERU.—Don Juan, hacéme este gusto,

[Retíranse Don Juan y Arceco.]

Salen Hipólito.

HIPÓLITO.—¿Qué hay, don Pedro? ¿Cómo

estáis?

PERU.—A vuestro servicio. ¿Y vos?

HIPÓLITO.—Al vuestro.

PERU.—Pues ¿qué miráis?

HIPÓLITO.—Si hay aquí más que los dos.

PERU.—No. ¿Qué queréis?

HIPÓLITO.—Esta mañana salí

a ese verde hermoso sitio,

a esa divina maleza,

a ese ameno paraiso,

a ese Parque, rica alfombra

del más supremo edificado,

dosel del cuarto planea,

esta en fin de los rayos

de Isabel y de Filipo;

desde cuyo heroico asiento,

siempre bella, siempre avento,

están, católicas luces,

dando respaldor al Indio,

siendo en el jardín del albe

ramilletes fugitivos.

PERU.—[Aparte.]

¿En qué parará el venir

a contar lo que yo he visto?

[Vase.]

Salen Don Juan y Arceco al pecho.

JUAN.—[Aparte.]

Si mi duda sabe que allí

hoy a su dama ha seguido,

y viene quejoso del

De todo estaré advertido,

HIPÓLITO.—De cuantas al alba dieron

enviada, en varios corrillos

tejiendo corros sin orden,

dando vueltas sin ariso,

una embocada hermosura

tal ventaja a todas luzo,

que oscuré con su sombra

las demás luces. Yo he visto

salir al campo a traer rosas

de sus jardines floridos,

pero a dejar rosas, no,

sino hoy, que al desperdicio

de un pie debió el campo cuantas

fueron al contacto alivo,

quedando blancos jazmines,

quedando marchitos lirios.

Bajaba por una cuesta

da recatada la luz,

y anda dudoso el sentido,

haciendo apuesta entre sí,

si lo ha visto o no lo ha visto?

Pedro. [Aparte.]

Todo esto vendrá a parar

en que doña Clara ha sido,

por venir a hablar en ella.

Juan. [Aparte.]

¡Oh, que cansados estísteis!

Héro.—Coronaba sobre el manto

los bien descuidados rizos

por una parte prendido

de un corchete de diamantes

sobre un penacho, que hizo

isona al aire, diciendo:

a sus barbagos rendido:

¡pues inclinada la frente,

si a cuanto me dicen digo,

mejor que mi duto, yo

sé obligarme de suspirios.

El tallo era bien sacado,

y de buen gusto el vestido,

más que rico; pero si era

de buen gusto, ¿qué más rico?

Dejo aquí, por no cansaros,

lo que en el Parque tuvimos,

y voy a que la seguí

a su casa, que atrevido

entré en ella, que vi al sol

carra a cara, que rendido,

lo que antes diera por verla,

diéra por no haberla visto

después; porque de sus rayos

mariposa mi albedrío,

entró enahorinado el riesgo,

salió halagando el peligro.

Esta, pues, mal lisonjeadá

beidad... Turbado lo digo.

Arcezo. [Aparte.]

¡Aquí es esto!

Juan. [Ap. a Arcezo.]

Escucha.

Pedro. [Aparte.]

Ahora

se va a declarar conmigo.

Héro.—Es una vecina vuestra.

Esa pared sola ha sido

la que su estera divide;

y pues que, como vecino,

es fuerza.

Juan. [Aparte.]

¡Ay de mí! ¿Qué escuchot?

Pedro. [Aparte.]

su nombre; porque atrevido

pienso adorar su belleza,

y para todo es arbitrio

entrar, don Pedro, informado,

y más de tan buen amigo.

Juan. [Ap. a Arcezo.]

Estaba por responderle

yo...

Arcezo.—Detente.

Pedro. [Aparte.]

¿Quién se ha visto

en igual duda? ¿Qué haré?

Si quien es, aquí le digo,

será alentar su esperanza;

si lo niego, es desvarío,

pues podrá saberlo de otro;

si el amor le siguiera

de don Juan, su honor ofendo,

Mas queden con buen estilo

un amor desengañado,

un honor seguro y limpio,

y atajados unos celos

con la verdad, sin peligro

de no decir la verdad;

muchos haré si lo consigo.)

Don Hipólito, pues ya

vuestra relación he oído,

oídme a mí, y agradece

de que tan a los principios

os hallé este desengaño.

La dama que habeis seguido,

doña Ana de Lara es,

y más que por su apellido,

lustre por su virtud;

que esa casa que habeis dicho,

es el templo de la fama.

Paréceme desvarío

seguir este galanteo;

que os aseguro, os afirmo,

que intentáis un imposible.

Héro.—Yo noticia os he pedido,

no consejo; y pues la llevo,

quedad con Dios; que si activo

muriere mi pensamiento

osado y desvanecido

de atrevimiento tan noble,

¿qué más premio que el castigo?

Vase.

Salte Don Juan.

Juan.—Decídme ahora, don Pedro,
que el sol apenas ha visto
en esta ausencia a doña Ana.
Mas diréis bien, si ha salido
de su casa antes que el sol,
a ser del parque prodigio.

Pedro.—No sé qué os diga.

Juan.—¿Qué?

Pedro.—¿Qué?

Juan.—

Que huyamos el peligro.

Ya la he perdido dos veces.

Haced que me busquen postas;

que esta noche ¡ah Cielo impio!

he de volver de una vez

la espalda.

Pedro.—

Mirad... Ya miro

que en mi presencia hablo a otro

Juan.—

[Sala en casa de Doña Clara.]

Salen Ivés y Doña Clara, afligida.

Ivés.—¡Tú triste, tú pensativa,

melancólica y suspensa,

tan bien perdida, y tan mal

hallada contigo misma!

¿Dónde secura, está el brío,

el buen gusto, la belleza

y el despejo?

Clara.—

No lo sé,

y no es mucho ¡ay Dios! que nece,

pues que no sé de mí vida,

de mis nociones no sepa.

¿Quién creará de mí ¡ay de mí!

desahos de un hombre? Yo,

que tan altiva y soberbia

me llamé la vengadora

de las mujeres, ¡sujeta

tanto a un desaire me veo!

Ivés.—Yo no sé qué razón tengas

para tanto sentimiento;

pues si bien se considera,

el te siguió a ti, y tú fuiste

la causa de las ofensas;

¿por qué si estas ofensas

f obligada también, sea

tu mal concepto de otro,

supuesto que representas,

despreciada y pretendida,

la celosa de ti misma.

Ya fué el cuidado por ti,

pues por ti en la casa entra

ce la otra; y si se halla

JORNADA SEGUNDA

en su casa ¡estoy sin juicio!
y que en mi ausencia después
sale (con razón me ajiño)
a ser vista ¡qué rigor!
de donde trae ¡que martirio!
nuevo amor. ¡Oh, quien quitara
del año este mes florido!
Mas no tiene la culpa él;
yo, sí, que una sombra sigo;
yo, sí, que un aspid adoro;
yo, sí, que amo un basilisco.
¡Mantanas de abril y mayo,
voches para mí habeis sido.

tan empuñado con ella,
¿cómo se puede excusar
de andar galán? Considera
que si has de olvidar a un hombre
porque a una hablé y a otra vea,
no hay que querer a ninguno;

señora, el que hay que no diga
lo mismo a cuantas encuentra.
Clara.—Con todo eso, ya llegué
(confieso que anduve nece)
a darte por entendida
desde agravió con mis penas,
y me tengo de vengar.

Ivés.—¿De qué suerte?

Clara.—

Un papel le he de escribir
(distrayéndole mi letra,
y escribiéndomele tal)
en nombre de la encubierta
dama, diciéndole en el
cuán obligada me deja
su corteza, y que quiero
hablarle a solas; que tenga
una silla prevenida,

y una casa adonde pueda
verle esta tarde. En muy vano
credo de su soberbia
pensará que tiene jance;

y para que no le tenga,
iré yo, y será buen paso
lo que hará cuando me vea.

Ivés.—Y ¿qué consigues con eso?
Clara.—Dos cosas: es la primera
burlesarme del; la segunda
desengañarle, y que sepa

que fui la tapada yo, porque no se desvanzca presumiendo que la otra le dió ocasión de que fuera tras ella, y su galanteo prosiga.

Ivés.—Esta diligencia

¿no pudiera hacerse en casa?

Clara.—Con venganza no pudiera.

Ivés.—No sé si aciertas en eso.

Clara.—¿Cómo?

Ivés.—Yo te lo dijera,

si él y aquel don Luis no entraran.

Clara.—Pues distímula; no entiendan,

hasta este lance, que fulmos

las tapadas.

lo creo como si lo vieras; pues si tu hubieras estado hoy en el Parque, hoy hubiera estado en el Parque yo, claro está, y es cosa cierta; pues si yo en tu pecho vivo, y tú en el pecho me llevas, contigo yo hubiera estado distraza y encubierta.

Hipólito. [Aparte.]

¡Qué fácil es engañar!

Clara. [Aparte.]

¿Que sea bobo el más bellac

de los hombres?

Ivés. [Aparte.]

Hombres y hembras

así unos y otros se engañan,

cuando que se quieren piensan.

[Hácelle señas DON LUIS [a DON

HIPÓLITO].]

Luis.—Aunque es el primer precepto

de amor no es torbar, licencia

me daréis para que os diga

que unos amigos me esperan,

donde es preciso llevar

a don Hipólito. Esta

ausencia os deja el ser yo

tan vuestro criado.

Clara.—Cesa,

don Luis; que no es esta sala

donde hablar la parte es fuerza

por procurador. Si él quiere

hablar, hable, y no por señas.

Id, don Hipólito, adíos;

que esta casa es siempre vuestra

para iros y para estaros,

pues siempre de la manera

que abierta para que entréis,

para que os vais está abierta.

Por esos hombres, Ivés,

en la calle, y luego cierra

las puertas.

Hipólito.— Escucha.

Clara.—¿Yo

escucharte?

Luis.—Considera

que si yo tuve la culpa,

no ha de tener él la pena.

Clara.—Yo no me enojó con él

ni con vos; doy la licencia

que me pedís. [A P.] Mucho hago

en no declarar mis quejas,

porque estoy muy entada,

en verlos hablar por señas.]

[Vanse los dos.]

Hipólito.—¿Qué os parece, don Luis, deste amor, desta fineza?

Luis.—Que vos habéis reducido a precepto y obediencia la condición más rebelde

de una mujer. ¿Quién creyera

que doña Clara llegara

nunca a verse tan sujeta,

que no saliera de casa,

por decir que no saliera?

En fin, vos lo rendis todo.

Hipólito.—Yo tengo notable estrella

con mujeres.

Luis.—Bien se ve,

pues habéis trunfado desia.

Pero decidme, ¿a qué efecto

ha sido toda la priesa

de que salgamos de aquí?

Hipólito.—¿Tan mal mi dolor lo muestra,

que ha menester explicarlo

más que el efecto, la lengua?

¿No os dije que la tapada

vi en su casa descubierta,

donde, porque entrara yo,

os quidastis a la puerta?

¿No os dije cómo la hablé,

y que es entendida y bella,

sin que subidos de hermosa

de excusados de necia?

¿No os dije cómo informado

de don Pedro, dijo que era

rica y noble?

Luis.— Si,

¿Pues cómo

didis donde voy? ¿No es fuerza

que vaya a estar en su calle,

(no digo bien) en la esfera

luciente del mejor sol,

a cuya dulce violencia

arde abrasada la pluma

y derribada la cerra?

Luis.—¿No creéis al desengaño

de decir don Pedro que era

la pretension imposible

por su virtud y sus prendas?

Hipólito.—Si es esa otra parte más

para ser amada, esa

es hoy la que más me anima,

es hoy la que más me zambita.

Hipólito.—Pues ¿y la comodidad?

Hipólito.—Pues ¿no es comodidad ésta,

si es rica, noble y hermosa,

de buena opinión y honesta,

y puedo dentro de un mes

estar casado con ella?

Luis.—

[Vanse.]

[Calle en que están las casas de Doña Ana y Don Pedro.]

Salen Ivés, con marido.

Ivés.—Apríese escribió mi ama

el papel, y más apríese

yo tras ellos me he venido,

y cogtiéndoles las vueltas,

hasta la calle he llegado

de la madama... y aun ésta

es su casa; allí se parán.

Yo no quiero que me vean

tras ellos, porque no echen

de ver que vos seguí; sea

otra vez, de mí dello,

sagrado su casa nuestra.

[Entra en el portal de DOÑA ANA.

Aparecen en la calle DON HIPÓ-

LITO y DON LUIS.]

Hipólito.—Esta es la calle feliz.

Pero ¿quién dudar pudiera

que habia de vivir Flora

en la calle de las Huertas?

Este es el balcón por donde,

en torrasoles envuelta,

sale el alma a todas horas,

de jazmines y azucenas

coronada, pues el día

en sus umbrantes despierta.

Ivés. [A P., adiendo del portal.]

Ya de que los he seguido,

desmentada la sospecha

está; daré el papel

como mi ama lo ordena.

Luis.—Una mujer encubierta

ha salido de su casa.

Hipólito.—Y hacia nosotros se acerca.

Luis.—De las dos debe de ser,

pues que vuelve a hablar por señas,

Hipólito.—Estas mujeres sin duda

en casa el hablar se dejan

cuando salen della, pues

sólo habian dentro della.

¿Es a mí? ¿Sí? Pues ya estoy

aquí; ¿qué queres? Espera,

mujer.

[A Ivés.]

[Da Ivés un papel a DON HI-

PÓLITO, y vése.]

Luis.—Aquello es decir

que no la sigáis.

Hipólito.— Ligera

vivió la espaldas, avisando

que calle, y el papel sea.

[Vanse.]

Lee, «El mayor argumento de la nobleza fue siempre la corteza. La vestimenta me asegura la verdad de todo; y así os he menester para fiar de vos un secreto. Tened una silla para luego en San Sebastián, y una casa donde pueda hablaros. Dios os guarde.—*La dama muda.*»

¿Qué decis deste papel?
Decid ahora que crea a don Pedro, y que desista de la pretensión.
Luis.— Empresa notable segun.

Hipól.— ¿No os digo que yo lengo linda estrella con mujeres? Y ¿qué habeis de hacer?
Luis.— Todo cuanto ordena. Y así entre los dos parlamos ahora las diligencias: que este es oficio de amigo. Id, don Luis, por vida vuestra, pues venimos sin cuidado, por la silla, y esté puesta, como dice. Y cuando venga, le diréis que por no darle de aquesto a un criado cuenta, os la di a vos, porque hagamos la necesidad fineza; que yo os espero en mi casa.

Luis.— ¿Y si donña Clara acierta a ir allá?
Hipól.— Habéis reparado bien, que gran disgusto fuera que ella llegara a saberlo. ¿Qué haremos?
Luis.— Pues que es tan cerca la casa deste don Pedro, mejor es llevarla a ella.
Hipól.— Es verdad; prevenid vos la silla, por vida vuestra, mientras prevengo la casa.
Luis.— Oid: de la suya mesma otras dos salen.
Hipól.— Mirad si lo han tomado, de veras. No malogremos la dicha. Vámonos sin que nos vean; que estando aquí podré ser que ir a otra parte no quieran.
Luis.— Voy a prevenir la silla. Vase.

Salen Doña Ana, Doña Lucía y Pedro.

Lucía.— ¿Qué es, señora, lo que interales?
Ana.— En este traje, de casa sales?
Ana.— A esto amor me fuerza. En la casa de don Pedro he de entrar, ya estoy resuelta, hasta saber si don Juan en ella se oculta o cierra.

Lucía.— Pues ¿dónde vas? Esta es la casa.
Ana.— ¿No eres más decia? Pasa de largo, porque desumbreros las sospechas, si esee me ha visto alguno salir de casa; no entienda que a esotra voy. ¡Ay don Juan! ¡Ay, amor, lo que me cuestras! Vase.

[Sala en casa de Don Pedro.]
Salen Don Juan y Don Pedro.

Pedro.— Notable sois, por cierto.
Juan.— No lo he de ser, don Pedro, si de celos y de agravios, ¡estoy muero las manos sin acción, la voz sin la hoy traigo averiguados los recelos y deshecho el engaño, ¿que os quejáis?
Juan.— Para mí no hay desengaño.
Pedro.— Pues yo puedo decirlos que solo por servirlos, ahora caudaloso.
Juan.— Y con vuestro poder, don Juan, celoso de uno y otro criado en casa de doña Ana me he informado si salió esta mañana al Parque, y dicen todos que doña Ana sólo a misa ha salido en su coche a las once, y nadie ha visto que lo contrarío diga. [Ana]
Juan.— Pues ¿quien a don Hipólito le don Pedro, a haber mentido? [Coliga.]
Pedro.— Asegurad vos bien vuestro parte.

[do] pero no averiguéis tan reclamante, puesto que mientras el otro, por que [miente].
Juan.— ¿Queréis ver cuán atento estoy a mi dolor y mi tormento? Pues con creer el daño como daño.

me ha rosegado en parte el desengaño, y así, aunque no quería ver a doña Ana, al expirar del día voy a hablarla quiero y decir, ya que muero, por que muero, quejándome de todo.
Pedro.— Pues yo os diré, ya que así es, que me parece que hay de prevenilla. Vos habéis de escribilla un papel, que ha de darle ese criado... Mas luego lo diré, porque han llamado.

Salen Arceco.

Arceco.— Hasta aquí don Hipólito se entra.
Pedro.— Ya veis lo que perdéis si aquí os Yo saldré a recibille. [encuentra.]
Juan.— Eso no, porque yo tengo de oírle.
Pedro.— Pues ¿no os fiáis de mí?
Juan.— Yo si me fio; mas es desconfiado el amor mio.
Pedro.— Yo estoy tan satishecho del honor de doña Ana, que sospecho que viene a retractarse; y así muy poco llega a aventurarse. Retiratos.
Juan.— Piedad, ¡cielos! Escuche dichas quien escucha celos. [Retrase.]

Salen Don Hipólito.

Hipól.— Don Pedro, siempre vengo a vos, o con el mal o el bien que tena. Ya que de vos me fio, amparadme, pues sois amigo mio, Doña Ana... [Aparte.]
[¿Hay semejante confusión?] No paséis más adelante, No tenéis que decirme que a vuestra pretensión constante y esta, que yo lo creo, como es justo.
Hipól.— Llévos dais de mí, doña y de mí que es lo contrarío lo que hablaros. [fuiste.]
Pedro. [Aparte.]
Juan. [Ap., al parte.]
Hasta escucharlo espero.

Salen Don Juan de donde estaba.

Pedro.— Don Juan, viendo que aquí una desdicha y otra acá os buscaba en deshecha fortuna, quise de dos embarazar la una.

y porque no salierades resiado,

JUAN.—Ya que celoso... Todo fué excusado;

que oyendo lo que oí, aunque estuviera abierto, no saliera;

que esperara hasta verle cara a cara; necesidad en el mundo introducida, solicitar lo que quitó la vida.

Pedro.—Esa ahora es mi duda.

Don Hipólito (¡ay Cielos!) este día de mi su gusto y vuestra pena ía.

MI obligación en vuestras manos dejó.

JUAN.—Yo no sé lo que hiciera, [consejo] si vos, don Pedro, fuera,

en un caso tan nuevo;

mas siendo yo, bien sé lo que hacer [debo];

que es, aunque el alma en celos se me [abrassa,

el respeto guardar a vuestra casa.

Mas fuera della le daré la muerte, ya que el duelo de amor es ley tan que dispone severa.

Pedro.—Vos no habéis de salir de aquí, [fuerte,

JUAN.— que he de salir. Es en vano,

Vuestro peligro es llano,

JUAN.—Y eso otro, ¿no lo es? ¿Queréis que hoy mis desdichas yo? Pues así sea.

Que aquí me estaré, digo,

y que de mi dolor será festigo.

Venga doña Ana, de otro enamorado, y... Mucho iba a decir; no digo nada,

Pedro.—Eso tampoco es justo.

JUAN.—Pues niirme ni quedarirme no os [estoy perdido y loco!] [da gusto,

¿Qué queréis? No lo sé.

JUAN.—Ni yo tampoco.

Pedro.—Solo deciros quiero que, aunque como desdichas las espe-

estoy tan contado del honor de doña Ana, que he pen-

que este se desvanece, [sado o que su amor algún error padece,

JUAN.—Confianza tan vana

¿de qué os nasce?

Pedro.—De ser quien es doña que es mujer principal, [Ana,

JUAN.— Necio andurviséis,

si antes que principal, mujer dijierais, y ved si engallo habrá que ya han en-

dos mujeres. Yo estoy desesperado, [trato

Pedro.—pues consultando extremos, tratando mucho, nada resolvimos,

y ya el lance llegó. No sé qué hacerme. Escondeos.

JUAN.—Yo no tengo de esconderme.

Pedro.—Pues ¿queréis que aquí os vean?

JUAN.—¿Habrá desdichas que mayores sean?

Pedro.—Haced esto por mí, hasta que se-

la verdad, y después los dos miramos [pemos

en la defensa del agravio vuestro.

JUAN.—Mi amistad así os nuestro; pero con condición (¡desdicha grave!) que a aquesta puerta he de quitar la y ha de estar siempre abierta. [llave,

Vase.

Salen Doña Ana, Doña Lucrecia y Peranta.

Lucrecia.—Oye, Pernita, quedese a la puerta, [Vase Pernita.]

Ama.—Señor don Pedro Girón, muy admirado estaréis

de ver hoy en vuestra casa

entrarse así una mujer.

Galian y discreto sois,

y como todo, sabéis

que extremos de amor obligan

a más extremos de amor,

de alguno se han de dar,

¿de quién, don Pedro, de quién

mejor que de vos, que sois

noble, entendido y cortés? [Descubrese.]

Pedro. [Aparte.]

Ya no me queda esperanza:

doña Ana, ¡vive Dios!, es

JUAN. [Ap., entreabriendo la puerta del cuarto donde está.]

¡Y querrán que calle yo!

Mas puesto que así ha de ser,

ardeo, corazon, ardeo,

que yo no os puedo valer.

Ama.—Ya que con vos declarada

estoy, don Pedro, sabed

en lágrimas y suspiros

mis desdichas de una vez.

Y pues sabéis que he venido

a vuestra casa, entendid

¡cuanta vergüenza me cuesta!

ya, señor don Pedro, a qué.

Un hombre vengo a buscar, porque de muy cierto sé que le puedo hallar en ella.

Sale Don Juan.

JUAN.—A Dios, don Pedro; por qué darne tormento de celos, y querer que calle, es nuevo rigor. Yo confieso que es mi delicia querer

si eso pretendéis de mí...

Ama.—¡Don Juan, mi señor, mi bien!

JUAN.—¡Doña Ana, mi mal, mi muerte!

Ama.—Dáme los brazos.

JUAN.—Detén, no con los brazos añadas al tormento otro cordel,

pues ya he dicho la verdad.

Pedro. [Aparte.]

No sé, ¡vive Dios!, qué hacer.

Mas porque ni uno entre, ni otro salga, el paso cerraré.

JUAN.—No cerréis, porque he de irme.

Ama.—No has de irte. Si cerréis,

Pues ¿como tan finguroso,

como tan tirado, pues

agradeceis desa suerte

haberte venido a ver?

JUAN.—¿A quién?

Ama.—¿A ti, porque supe

que aquí estabas.

JUAN.—¡Bien a fe!

Buena disculpa has hallado.

¡Ah ferra! ¡Ah ingrata! ¡Ah cruel!

¡Qué pronto vive a mentir

el ingenio en la mujer!

Ama.—Don Juan, si de las pasadas

ofensas (al parecer

justas) te dura el enojo,

y huyes de mí (¡ay Dios!) porque estas engañado, ya

te vengo a satisfacer.

Aquel hombre, a quien le diste la muerte...

JUAN.—Yo no hablo del.

¡Mira, mira tus engaños,

cuales han llegado a ser,

pues queriéndome de uno, a otro respondes! Y pues son tantos que unos a otros se embarazan, no me des satisfacción de ninguno; que mejor será tener que de todos; que al fin está mejor puesto aquel

que, antes que mal satisfecho, se queda quejoso bien.

Ama.—No te entiendo; y si es la causa que yo imagino que es

la que tú sientes, señor,

¿de qué te quejas? ¿De qué?

¿Que nueva causa te he dado?

Pero si no puede ser

daria yo, ¿qué nueva causa

te ha dado mi estreñia? Tem

el paso, y dime: ¿qué es esto?

JUAN.—Traiciones tuyas; si bien

no siento que sean traiciones,

porque te llevo a perder;

pues lo que llevo a sentir,

solo (he de decirlo) es

que otro merezca en un día

lo que en siglos no alcancé

a merecer yo. Y en fin

me consueta en parte, que

el no te ha llegado a amarr,

pues te llega a merecer.

Ama.—Si mi desdicha, don Juan,

te ha sabido disponer

otra evidencia aparente

que yo no alcancé ni sé,

¿como he de desengañarte?

¿Como te he de responder?

¡Vive Dios, que te han mentido!

JUAN.—No; que es verdad cuanto hablé.

Ama.—¿Quién te lo dijo?

JUAN.—El galán

a quien tú vienes a ver.

Ama.—Yo a verte a ti, don Juan, ven-

JUAN.—¡Es verdad, dices muy bien!

Ama.—Porque supe que aquí estabas,

JUAN.—¿De quién pudiste? ¿De quién?

Ama.—De esta criada.

JUAN.—¡Por cuánto

llegará el festigo a ser,

que no fuera la criada!

Que criadas y amas tenéis

dicho expulso a mentir.

JUAN.—

Ama.—Esta es verdad.

JUAN.—¿Quien tal cree?

JUAN.—

Ama.—Quien quiere bien.

JUAN.—

Pues yo quiero

muí mal por aquesta vez.

Ama.—Pues muera de desdichada.

JUAN.—Y yo de infeliz también.

Arcelo. [Dentro.]

Abrañ aquí.

Pedro. [Aparte.]

Esto es peor.

No sé, ¡vive Dios!, qué hacer,

que don Hipólito viene.

JUAN.—¿Quiéres, ingrata, saber si me han mentido? Pues éste el Eralin que buscas es.
 ANA.—Yo me huelgo de que sea, puesto que no puede ser el que busco, el que imaginas.
 ABRIL, don Pedro. Entre, pues, y sepa don Juan que mientras el que contra mí aliviez ha'yo concepto ha formado.
 JUAN.—¡Plegue a Dios! Y aquesta vez, o por vivir o morir, escuchándole estare, supuesto que es ya mi vida el juego del esconder.

[Escóndese Don Juan, y abre Don Pedro, sale Arcero con una fuente con dulces de ladrillo.]

ARCERO.—¿Tanto tardan en abrir a quien llama con los pies, que es señal que trae algo en las manos? ¡Vive Dios, que queda saqueada toda la tienda del portugués!

YA DON HIPÓLITO VIENE, señora. Pero ¿qué ven mis ojos? ¡Doha Lucia en mi casa!

[A Doña Ana.]

LUCIA. [Aparte.] Aquesta vez, por el chisme de una dueña, muertas de hombres ha de haber.

Salte Don Hipólito.

HIPÓLITO. [Aparte.]

¿Si habrá ya Don Luis llegado con la silla? Si, pues ver puedo la dama. ¡Ay amor! Todo ha sucedido bien. Señal, señora, bien venida a este, aunque humilde, dosel del mayo y el sol, ya estera del verdor y rosicler.

ANA. [Aparte.]

¡Cielos! ¿Qué pasa, por mí? ¿Este el marido no es de la que hoy se entró en mi casa? JUAN. [Ap. Entrando en la puerta.] ¡Quién vio lance más cruel!

PRENTO. [Aparte.] Mal se va poniendo todo. Lo que resuelta no sé.

HIPÓLITO.—Don Pedro, no tan penada

tengáis a esta dama; ved que por vos no se describe.
 PRENTO.—Yo, por no estorbar, me ire. [Ap.] Mas será estar a la mira.]

ANA.—Don Pedro, no os ausentéis, porque habéis de ser aquí, de cuanto pasare, juez, Caballero, a quien apenas vi, pues si os vi, apenas fué.

[A Don Hipólito.]

ya que por vos las padezo, ¿cómoisme?

HIPÓLITO.—No y sí, pues en este instante os conozco,

y os reconozco también. Conozcoos, pues que quien solé muy bien informado, se; y desconozcoos, señora, porque desá suerte habéis.

Si os vi en el Parque primero, y en vuestra casa después; si para venir a hablaros llamado fui de un papel; y si habéis venido a donde yo os traigo, ¿cómo o por qué así os extrañáis de verme, donde me venís a ver?

JUAN. [Aparte.] ¿Querrán doña Ana y don Pedro que esto llegue a oír y ver, y no salga? ¡Vive Dios, que infamia del amor es!

ANA.—¡Yo a veros a vos! Mirad lo que decís: no busquéis desengañaros, que a vos sólo mal el saberlos esté.

YO EN MI VIDA AL PARQUE FUI; NI EN EL OS VI NI OS HABÍ. Si os encontréis en mi casa, no me preguntéis a qué; que aunque lo puedo decir, vos no lo podéis saber; que habéis de ser el postero que el desengañado toquéis.

BASTA DECIR QUE ENGANADO ESTÁIS, Y QUE ME DEJÉIS, que puede ser sea causa de todo vuestra mujer.

HIPÓLITO.—¡Mi mujer! ¡Ahora conozo de qué ha podido hacer vuestro enojo! Yo hice mal en traerlos aquí; haced la deshecha norranuena, pero no me acunuleis, que soy casada, que es susto de que jamás sanare.

PRENTO. [Aparte.]

Ya ni aun a mentir acierta doña Ana.

JUAN. [Aparte.]

Ni yo a tener paciencia; pero si salgo, rompo de amistad la ley, a doña Ana la destruyo.

¿A mí me pierdo también sin efecto, pues en medio han de estar su criado y él, ¿es hacer ruido no más, dejando la duda en pie, pues sufrido, es imposible; que ¿quién ha podido, quién, oír requerebar a su dama?

HAYA UN MEDIO ENTRE LOS TRES, como yo sólo me pierda, donde... Pero esto después ha de decir el suceso.

YA HE VISTO COMO HA DE SER ANA.—Dejadme, señor, por Dios; porque mejor matéis que huyo de vos, y lo más a que se puede atrever una mujer como yo.

A VECES DIGO QUE QUIEN EN ESTE APOSENTO ESTÁ, MI DUEÑO Y MI AMANTE ES, Y ES A QUIEN YO QUIERO BIEN; porque a vos no os escribí, ni os vi en mi vida, ni hablé, desmintiendo desá suerte en peligro y mi desden.

ENTRASE DONDE ESTABA DON JUAN; DOÑA LUCIA LA SIGUE.]

HIPÓLITO.—Cerro la puerta, ¿quien vio mis tramoyera mujer? Desde el punto que la vi, entredadora la hallé.

PRENTO. [Aparte.] Bien cuerda resolución tomó doña Ana, porque con esto estorba que salga don Juan, que es lo que a temer llegué siempre.

HIPÓLITO.—Estoy confuso y que he de decir no sé.

Salte Don Luis.

LUIS.—Yo llevo a muy buena hora, Don Hipólito, ahí está aquella señora ya en la silla. ¿Qué señora?

LUIS.—La que esperaba.

HIPÓLITO.—¿Qué decís? Luis.—Que tomó en San Sebastian la silla, y que ahí fuera está.

HIPÓLITO.—Engañado estáis, don Luis; porque la dama, a quien yo vengo a ver, ya estaba aquí cuando vine.

LUIS.—¿Cómo así, si ahora conmigo llevo en la silla la mujer que hoy en el Parque encontramos, a quien seguimos y hablamos?

HIPÓLITO.—¿Eso cómo puede ser, si la misma desparece aquí la he visto y hablado, y en este aposento ha entrado?

LUIS.—No quiero decir nada, sino que entra ya. Por Dios, que es figurosa mi estrella!

Salen Doña Clara e Ivés [Tapadas.]

LUIS.—Ahora decid si es aquella. HIPÓLITO.—O es ella, o ellas son dos. PRENTO.—¿Veis, don Hipólito, veis como la dama que estaba hoy aquí, a vos no os buscaba?

HIPÓLITO.—¿Quitarme el juicio quereis. Mujer, dos veces tapada. [A Doña Clara.] que a mí deshecha fortuna, por si se me fierde una, se me envía duplicada. ¿No eres tú la que seguí, y la que en tu casa vi?

[Doña Clara hace señas a todas las preguntitas que sí.]

Confuso ora vez estoy. CLARA. [Descubrese.] Yo soy, el mi caballo, ya que descubierta os hablo, aquella habladora muda, por las lecciones de un manto; que viendo que era muy poca victoria, muy poco aplauso de toda aquesta mujer un hombre no más buscando ocasión de que alcanzara sova una parte del Jauro, le quise dar de ventaja la discreción de mi garbo.

Bien pensó vuestra merced muy necio y muy confiado que tenía muerta al vuelo

la hermosura de los campos; pues no, señor Para-todas, y conozca escarmentando que ha dado vuesa merced, por lo entendido o lo raro, mala cuenta de su amor, pues deja este desengaño vengada a la hermosa Filla de los descendes de Fabio. Pues cuando fuera verdad que yo le amara; pues cuando fuera verdad que celosa fuera, verdad que celosa aquí le hubiera buscado,

el verme vengada sólo me hubiera el amor quitado. Yo lo estoy con que haya visto que los celos que me ha dado, han sido conmigo misma; pues nadie pudiera darme a este tallo, que no fuera su mismo desbarrazo. Envalme vuesa merced todo ese fraude aparato de dulces de Portugal, que le han salido tan agrios; que no es la boda por hoy. Pero agradezca el cuidado,

que en ella ha puesto el señor casamentero del diablo; que nada faltó, porque ha estado con mucha puntualidad, con la tal silla esperada, y hizo muy bien el papel, encareciendo el recato; porque es amigo muy fino del que es amante muy falso. Con esto adios, y ninguno me siga; que si echo el manto, si vuelvo la calle, si otro embaleo desoválamo, les haré creer que soy otra dama, aunque al estrado me entre de una mesurada, como esta mañana, cuando le hizo creer que era otra sólo un sombrero blanco.

Hipól.—Oye, aguarda, espera, escucha. Hipól.—En tanta mi vida he hallado hombre de tan buena estrella con mujeres!

Hipól.—¿Que burlando estáis cuando estoy muriendo? Idés. Idés. Será en vano; que vamos muy enojadas. Hipól.—No sé qué hacer en tal caso.

mas si sé, que es apelar de todo al desbarrazo, desengañando hoy la una, y la otra después amando.

[Vase Don Hipólito y Don Luis.]

Pedro.—¡Gracias a Dios, que con esto ya los celos se acabaron de donña Ana y de don Juan, pues todo lo han escuchado, y mi amor, pues donña Clara viene a Hipólito buscándolo!

Arco.—¡Clelos! Si tu querer, he visto mis celos averiguados.

Pedro.—¿Oistes ya el desengaño, don Juan? [Allegándose a la puerta del cuarto donde está.]

Salen Doña Ana y Doña Lucha.

ANA.— No soy tan dichosa

yo.

Pedro.—¿Cómo así?

ANA.— Como cuando

yo entré, sólo vi un hombre,

que atrevido y temerario se echaba por la ventana,

que hay, señor, a estos tejados,

Arco.—Pues no acaba la comedia.

Pedro.—¡Qué rigoroso, qué extraño afecto de amor y celos!

[Ap.] El iba a salir al paso; seguir a los dos importa,

no suceda algún fracaso.

ANA.—Grande dicha es la mía,

pues cuando vengo buscando hoy, don Juan, fineras tuyas,

Cuando te sigues sospechas, há las estás esperando

firme, ¡y vuelves las espaldas si te siguen desengañado!

¿Qué mujer es ésta, ¡Clelos!, que hoy en mi casa se ha entrado?

¿Qué hombre es este que asegura que yo le vengo buscando?

¡Oh, nunca en el tiempo hubiera, oh, nunca hubiera en el año,

si es que la culpa han tenido de entredos y enojos tantos, las manañas floridas de abril y mayo!

JORNADA TERCERA

[Sale en casa de Doña Ana.]

Salen DON JUAN, a oscuras.

JUAN.—Nada me sucede bien.

¡Qué roca habrá que contrastase tanta avenida de penas,

tantos golpes de pesares?

Del aposento en que estaba por lastido de mis males,

imposible de salirlos, e imposible de vengarme,

celoso y desesperado salir pretendo a la calle a esperar aquel galán

tan feiz, que coronarse pudo de tantos favores,

de dichas que son tan grandes. Zorneme por la ventana

(porque allí no me estorbassen la venganza de mis celos),

presumiendo que era fácil,

ganando desde el tejado de la puerta los umbrales;

y saliendo del a un patio, donde la ventana sale,

perdi el tino, y di a otra casa una puerta, y entra gente...

Y con las luces que traen percibo mejor las señas.

¿Hay sucesos semejantes?

¡Vive Dios, que ésta es la casa de donña Ana! Si tomase hoy puerto en el mismo gofio

esta derrotada nave!

Ella es, ¿qué he de hacer, Clelos? Que no es bien que aquí me halie,

y presuma, que he venido colardamente a quejarme de mis celos, sin vengarlos.

¿Hay confusión más notable?

¿Qué haré? Que no me esté bien ya ni el tino ni el quedarme.

[Vase.]

[Vase.]

[Vase.]

[Vase.]

[Vase.]

[Vase.]

[Vase.]

que me ha dado (ay infelice) un solo punto, un instante de tiempo para llorar,

de lugar para quejarme!

Y así, ya que estoy a solas, sean tormentas, sean mares

mis lágrimas y mis quejas entre la tierra y el aire

Lucha.—Señora, si dese modo tan justos extremos haces,

trunfara de amor la muerte,

Consuelo tus penas hallen,

que para todo hay consuelo,

que si don Juan (por guardarle a don Pedro, Arco y Perita,

que se arrojó por la ventana, ya en su seguimiento parten don Pedro, Arco y Perita,

porque los dos no se maten,

ANA.—Y cuando remedie (! ay triste!) mi temor, ¿para adelante puede ya dejar de ser lo que fue? ¿Pueden borrarse de la memoria los celos en que yo no tuve parte?

Juan [Ap., al patio.]

De cuanto yo desde aquí puedo a las dos escucharles,

nada entiendo; y sólo entiendo que temo que me declaren mis congojas, mis desdichas,

mis recelos, mis pesares; porque no es posible, no, que un celoso sufra y calle.

Lucha.—Acuéstate, por tu vida, porque en la cama descansas,

ANA.—No hay decaído para mí, fuera de que he de esperarle a don Pedro; que le dije que con lo que le pasase en alcance de don Juan (pues todos van a buscarle),

viniere a avisarme; y ya parece que llaman. Abre.

[Abre.]

[Abre.]

[Abre.]

[Abre.]

[Abre.]

[Abre.]

[Abre.]

[Abre.]

[Abre.]

[Abre.]

[Abre.]

[Abre.]

[Abre.]

[Abre.]

[Abre.]

[Abre.]

[Abre.]

[Abre.]

[Abre.]

ANA.—¿Cómo?

Pedro.—No habernos hallado a don Juan, y es bien notabile suceso, porque de aquella ventana, que al patio cae, para salir al portal hay una puerta, y la llave está echada, de manera que ha sido imposible hallarle, cuando ni en mi casa está, ni salir pudo a la calle.

Arco.—No le hemos buscado bien, si va a decir las verdades; porque a un celoso, señora, le ha de buscar el que hallarle quiere, ahogado por los pozos o ahogado por los desvanes.

Pedro.—Ya le he dicho que se meta en juntar sus consoantes, no habie palabra donde yo estoy.

Arco.—Gulnola pasante, tambien yo le tengo dicho que de dar lanzadas trate, y sacar, no para el toro, para el lacayo el estraje y no más.

Lucía.—Entre dos rufnes sea mi mano el montante.

Pedro.—No es posible hallarle, en fin, Ana.—Son mis penas, no os espante, y bien dicen que son mías.

Pues ellas disponer saben tantas falsas apariencias,

que me culpen y le agraven,

¡Plegue a Dios, señor don Pedro,

que el me destruya y me false,

si a aquel hombre vi en mi vida,

sino hoy, que pudo entrase aquí tras una mujer,

y quien siguió desde el Parque, y vídme a mí! Mas ¿por qué lo digo, ¡ay Dios!, si escucharme no puede don Juan, y doy satisfacciones al aire?

Pedro.—Quedad, señora, con Dios; que por sí vuelve a buscarme a mi casa, vuelvo a ella.

¿Qué mandáis?

ANA.—No es bien que os man-

que os ruegue si, que volvíis a la matana a contarle lo que hubiere sucedido.

Pedro.—Quedad con Dios.

ANA.—Lucía, cierra esas puertas, y entra después a acostarme;

que he de madrigar mañana, porque he de salir al Parque a hacer una diligencia.

¡Oh, si a este vivo cadáver hoy ese hecho de pluma sepulcro fuera de jaspel!

JUAN. [Aparte.]

¿Al Parque mañana? ¡Ay Cielos!

No estos desengaños basten; vuelvan atrás mis desdichas,

pues pasa el riesgo adelante.

Arco.—De todos estos enredos, de todos estos debates,

vos tenéis, doña Lucía, la culpa, pues vos contasteis a vuestra ama, que ex mi casa estaba don Juan.

Lucía.—De tales sucesos, quien me lo dijo a mí tiene mayor parte;

que ya sabe quien me cuenta a mí el suceso que sabe,

que es decirme que lo diga el destino que lo calle.

Arco.—Eres tan dueña, que puedes servir desde aquí adelante de molde de vaciar duetas.

Lucía.—Tú, escudero vergonzante.

Arco.—Eres dueña.

Lucía.—Eres un loco.

Arco.—Eres dueña.

Lucía.—Tú bergante.

Arco.—Eres dueña.

Lucía.—Tú un bufón.

Arco.—Eres dueña.

Lucía.—Tú un infame.

Arco.—Tiem más, dueña; y no te desquitaré, porque no has de poder desquitarle.

Lucía.—¿Cómo no? Eres un...

Arco.—Mal poeta.

Lucía.—¡Tate, tate!

Arco.—¿Poeta, dijiste? Adios, dueña; que ya quedarnos iguales.

Lucía.—(1).

Arco.—Pues ¿qué quieres? Que te aguardes aquí, mientras que mi ama acaba de desquitarle, y volveré a hablar contigo un rato.

Lucía.—(1) Falta el verso correspondiente a él le personal en el original.

Arco.—Aquí espero.

[Vase Doña Lucía, huyendo la luz.]

Arco.—Madre!

las que a los hijos paraiséis para nocutinos amantes de viejas, mudad en mí las desdichas a que nacen.

Esperando una escarbiligaeroy, centuso y covarde, aquí donde mis suspiros pueblan estas soliedades.

Sale Dox Juan [del cuarto en que está.]

JUAN. [Aparte.]

Ahora, desconfianzas, es tiempo de aconsejarme, si esto que pasa por mí son mentiras o verdades.

El recatarme me importa de doña Ana; ella no sabe que la escucha, y en suspiros que mal pronunciados salen desde el corazon al labio,

me ha dado ciertas señales de que mi desdicha llora, de que siento mis pesares.

Estos criados no pueden engañarse ni engañarme, puesto que Arco a Lucía la contó cómo ocularme pude en casa de don Pedro, y ella a doña Ana; bastante desengano de que fué entonces ella a buscarme.

Más, ¡ay de mí!, si es aquesto don dicen señas tales don Hipólito, ¡a qué efecto digo que a él iba a buscarle?

¿O que mujer es aquesta? X, en fin, ¿para qué ir al Parque mañana quiere doña Ana, para que a mí no me falte cuidado? ¡Pues vive Dios que tengo de averguarle!

Si aquí estoy, es imposible que disimule y que calle; e imposible, si me ven, de que la ida del Parque averguie: luegoirme será lo más importante.

Entre criado a Lucía, pues no ha cerrado la puerta, salir pretendo a la calle.

por seguiría donde fuere, que me prendan o me maten, todo, todo importa menos que no que me desengañe.

Arco.—Ya siento pasos, Lucía, seas bien vendida, dame los brazos. [Abrazo a Dox Juan.]

¡Barbada vienes!

¿Quién es?

JUAN.—Callad, que no es nadie.

Arco.—¿Cómo no es nadie? Yo soy tan cortés y tan galante, que antes creyé que sois muchos.

¡Ay, ay!

JUAN.—Vive Dios, que os male, si no calláis!

ANA. [Dentro.] ¿Qué ruido es aquel?

Sale Doña Lucía [la oscura], y tope con Dox Juan.

Lucía. [Befo, a Dox Juan.]

¿Eres notable!

tan grandes extremos hace, que des voces? Salte presto, para que aquí no te hallen.

Verle tras mí.

JUAN. [Befo, a ella.]

Vamos, [Ap.] ¡Cielos!

hacia que me desengañe he de callar; que ésta es propia condición de amantes.

[Vase Doña Lucía y al entrar se tope Dox Juan con Arco.]

Arco.—¿Otro diablo? ¡Vive Dios que tienen aquestos lancos cosas de la Dama Duende!

Sale Doña Ana, medio desvuelta, con luz.

ANA.—¡Hola! ¿No responde nadie?

Más ¡ay de mí!

Arco. [Aparte.]

Yo me embozo, por ver si puedo excusarme de que me conozcan.

Sale Doña Lucía.

Lucía. [Aparte.]

Ya

no hay peligro que me espante, pues ya en la calle está Arco, más ¿no es el que está delante?

¿Quién era, si el está aquí, el que yo puse en la calle?

Arco. [Aparte.] ¡Aquí número!

ANA.— Caballero, que, rocaído el semblante

la noble clausura rompes
destos sagrados umbrales,
si necesidad acaso
te ha obligado a extremos tales,
de mis joyas y vestidos
francas te daré las llaves:
ceba tu hidrópica sed
en sus telas y diamantes.

pero, si más coololase
de honor que de hacienda, haces
estos extremos, te ruego
(estoy muerta) que no trates
con tal desprecio (¡ay de mí!)
el honor (estoy cobarde)
de una mujer infeliz,
sujeta a desdichas tales.
Porque si para mí afrenta
a aqueste cuarto llegaste,
¡vive Dios!, que antes que intentes
hablarme palabra, y antes
que ofenda al dueño que adoro,
yo con mis manos le mate:
porque si lágrimas solas
no entreciencen un diamante,
romplédomen el pecho yo,
le sabré labrar con sangre.

Arco.—No labraréis, si yo puedo;
que tierra mucho desaire
ser pelicoma una dama,
y ser labradora un ánge!

Grandes casos de fortuna
a vuestra casa me traen,
no a hacer mella en vuestras joyas,
ni a vuestra opinión ultraje.
Y porque os aseguréis
de mí verísimo estante,
segura quedáis de mí.

A Dios, señora, que os guarde. Vase.
Lucía.—¡Qué miró!

ANA.—¿Puese ya? Si.
y, pues, ya la blanca aurora
venciendo las sombras sale,
no me quiero desnudar.

¡Ay, don Juan, si esto mirases!...
¿Quién de que no es culpa mía
pudiera desengañarte?

[El Parque.]

Salen Doña Clara e Inés, en el traje corto, como primero.

Inés.—¡Al Parque vuelves?

Clara.—¿Al Parque vuelves?
sin ley, razón ni sentido,
donde la vida he perdido,
vuelvo. Inés, a heillar la vida.

Inés.—Bastante está lo sentido,
y si yo no me he engañado,
toda la gloria ha parado
en que has sepear, ésterido
de aver el raro suceso.

Clara.—¿De que sirviera negar
con la lengua mi pesar,
si con llanto lo confesó?

Vana de que hablarse había
don Hipólito burlado,
le llamé; y su desentado
burlo de la industria mía.
Que aunque es verdad que me dió
satisfacciones que allí
por mi respeto creí,
Inés, por mi gusto no;
pues no me pudo negar
que fué donde otra mujer
le llamaba, y mi placer
se convirtió en mi pesar.

Yo misma (¡ay de mí!) encendi
el fuego en que triste peno,
yo conlacioné el veneno
que yo misma me bebí,
yo misma desperté, yo,
la fiera que me ha deshecho,
yo crié dentro del pecho
el aspíd que me mordió.
Arda, gima, pene y muera
quien soplo, conlacionó,
alimento, despertó,
veneno, ardor, aspíd, fiera.

Inés.—Bien en tantos pareceres
hoy dirán cuantos le ver,
que sólo queremos bien,
tratadas mal, las mujeres.
¿Para qué habemos venido
al Parque con tan cruel
pena?

Clara.—A ver si viene a él
don Hipólito.

Inés.—El ha sido,
por cierto, muy ludo ensayo.
Clara.—Si hoy doy tregua a mis temores,
yo os coronaré de flores,
mañanas de abril y mayo.

Salen Don Hipólito y Don Luis.

Hipól.—En efecto, hasta su casa
a doña Clara seguí
como vistes, y la di
del engaño que me pasa
satisfacciones, diciéndome
¡qué ofensa era ir a ver,
llamado de una mujer,
lo que mandaba? Y haciendo
extremos de enamorado,
que supe fingir muy bien
(porque ya no hay, don Luis, quien
me haga el papel estudianto),
la deje deshojada,
atenida a mi desengaño:
y al fin, con su mismo daño
vino ella a ser la engañada,
pues mis extremos creyó.
siendo así, don Luis, verdad
que alma, vida y voluntad
la doña Ana me robó.
porque una vez persuadido
de que me llamaba a mí
y hablarla después allí,
me empujó en haber creído
que ella fué quien me llamó.

Luis.—Vos tenéis lindo despejo.
Hipól.—¿Puera más cuerdo consejo
darme por vencido?

No.
Más a haberme sucedido
a mí lo que a vos con ellas,
jamás volviera yo a velas
de turbado y de corrido.
Hipól.—Fuera linda necesidad,
Puntualidades tenéis
tan necias, que parecéis
caballero de ciudad.
Mira si aquesta fortuna
a correa te acomodas,
querer por tu gusto a todas,
por tu pensar a ninguna.

Luis.—No.
Más a haberme sucedido
a mí lo que a vos con ellas,
jamás volviera yo a velas
de turbado y de corrido.

Hipól.—Fuera linda necesidad,
Puntualidades tenéis
tan necias, que parecéis
caballero de ciudad.
Mira si aquesta fortuna
a correa te acomodas,
querer por tu gusto a todas,
por tu pensar a ninguna.

Salen Doña Ana, vestida como Doña Clara y Doña Lucía.

Lucía.—Ya estás en el Parque, ya
[Ap. las dos.]
destrina, señora, puedes
con qué intento deste modo
a su hermoso silbo vienes.

ANA.—Si has de verlo, ¿para qué
ahora que lo diga quieras?
Que es retórica excusada,
dejar las cosas dos veces,
y más cuando están tan cerca

de suceder, que presente
está el que vengo buscando.
Lucía. [Ap. a ella.]
El hombre, señora, es éste
de los engaños de ayer,
si mis ojos no me mienten.

ANA.—Por el lo digo; pues sólo
he salido a hablarle y verle,
donde por la obligación
que a ser caballero tiene,
desengañe mi opinión;
pues los que son mis corteses
caballeros, siempre amparan
el honor de las mujeres.

Lucía.—¿Para aquesto de tu casa
al Parque, señora, vienes,
donde es una culpa más
si aquí acertaran a verte?

ANA.—Don Juan está retraído
dondequiera que estuviere,
y sólo, a este sitio, donde
hay tal concurso de gente,
no se atreverá a venir.
Y así más seguramente
es donde le puedo hablar.

Lucía.—¡Plegue a Dios que no lo yerres!
ANA.—Tápale, y llega a hablarle.
Di que una mujer pretende
hablarle: que se retire
del amigo con quien viene.
Lucía. [A Don Hipólito.]
Caballero, una tapada
a solas habíaros quiere,
que es la que miráis. Seguidnos.
Hipól. [Aparte.]
(Doña Clara es, cíaramente
lo dice el traje. Otra vez
al engaño de ayer vuelvo:
mas hoy no lo ha de lograr.)

[Llévase, y habla a Doña Ana.]
Notable, ¡vive Dios!, eres,
pues que tan mal te aseguras
de quien te estima y no ofende.
Si buscas satisfacciones
mayores de las que tienes,
no es menester que me sigas,
pues en el alma está siempre.
ANA.—Por otra me habéis tenido:
en vuestras voces se infiere,
y quiero desengañaros
desde luego. ¿Conocéisme?

[Decílobrase.]
Hipól.—Otra vez me preguntastes
en otra ocasión más fuerte
eso mismo, y respondi
que sí y que no; y me parece
que siempre es una ja duda.

dar una respuesta siempre.
Si os conozco, pues que os miro;
no os conozco, porque suelen
los bienes pasarse a males,
y hoy al revés me sucede.

ANA.—Seguidme hacia la Florida,
porque hablaros me conviene
donde estéis solo; y decidme
a ese amigo que se quede.

(Vase las dos.)
HIPÓL.—Don Luis, de nueva aventura
podeis darme parabienes.
Doña Ana es esta tapada.
Ahora, no puedo hacerme
engano, que yo la he visto
con mis ojos claramente.

¿Veis cómo fue la de ayer
esta misma? ¿Veis si vuelve
a buscarme? Aquí os quedad,
y murmurad, si os parece,
el haber dicho que tengo
buena estrella con mujeres.

Salen Doña Clara e Inés [Tapadas.]

Inés. [Ap. a Doña Clara.]

Don Hipólito está aquí.

CLARA.—Pues no andemos más, detente.
[Quedanse paradas Doña Clara
e Inés.] Don Hipólito, engañado
por el traje, cree que son Doña
Ana y Lucía, que esperan a que
las siga, y se acerca y las habla.]

HIPÓL.—Ya os ségo, Guada, señora
doña Ana, donde quisierais;
que yendo con vos, hermosa
deidad de estos campos verdes,
cualquiera sitio será
la Florida; que je debo
a vuestros ojos de fuego
y a vuestra planta de nieve
púrpura y verde las flores,
cristal y aljofar las fuentes.

CLARA. [Aparte.]

(Doña Ana dijo: ¡ay de mí!

Mas ¿qué nuevo engaño es éste?

Mas no tarde en discurtirlo
quien averiguarlo puede.
La Florida es el lugar
ciado, y a él me conviene
llevarle.) Venid.

HIPÓL. [Aparte.]

Fortuna,
¡oh, cuánto mi amor te debe,
pues seguro de los celos
de Doña Clara, me ofreces

a doña Ana! Triunfo hermoso
de tu gran deidad es éste.
(Vase todos, y queda solo Don
Luis.)

Sale Don Juan.

JUAN.—Hacia esta parte bajó
doña Ana, que entre la gente
que venía, la perdí
de vista. Pero no puede
reconderse. Y es verdad;
pues cuando a mí me mintiesen
tantas cosas, me dijera
verdad ni infelice suerte.

Con don Hipólito ya
hablando. Ya no hay que esperar.
Muera de cólera y rabia
quien de amor y celos muere.

Luis. [Aparte.]

(¡Válgame el Cielo! ¿Qué miro!

! Señor don Juan de Guzmán,
no es éste?)
¿Quién llamas? [Ap.] ¿Quién vió

confusión? Este es don Luis.]

Luis.—Dondequiera que yo viere
a quien agravia mi sangre,
y a quien mi opinión ofende,
primero que con la lengua,
le saludo con la espada.

Voz de honor mas elocuente,
Sacad la vestura; porque
con más opinión me vengue.
Juan.—Yo no he rehusado en mi vida
con la mia responderle
a quien me habla con la suya,
Y si matarme os conviene,
daos prisa, que si os tardáis,
os podrá quitar la suerte
otra herida, y no es capaz
una vida de dos muertes.

Luis.—No os respondo, porque ya
hablar el acero debe.
[Ríen.]
Juan. [Aparte.]

Con doña Ana entró en la huerta
don Hipólito. ¡Oh alieve
pena! ¿Quién creará que allí
me agravian, y aquí se venguen?
Luis.—Desguarnecióse la espada.
Juan.—Daros pudierais la muerte;
pero porque echéis de ver
cómo mi valor procede,
y cómo debí de darla
a vuestro primo igualmente

(Pues el que fuera una vez
traidor, lo fuera dos veces;
porque ser uno cobarde
no es defecto que se pierda,
id por espada, que aquí
os espero.)

Luis. [Aparte.]

(¡Trance fuerte,
pues quien me agravia me obliga,
pues me halaga quien me ofende!
Mas ya se que debo hacer.)
Esperad que brevemente
volvère.

Juan.—Ya veis el riesgo
a que estoy, si aquí me viesen.
Y por quitarla del paso,
pueso que veis lo que es éste,
dentro estoy de la Florida.

Luis.—Antes de un instante breve
a ella volveré a buscaros.
Juan.—¿Qué hare en penas tan crueles,
que un inconveniente es
sombra de otro inconveniente?

Quando ségo un daño, otro
en mi seguimiento viene;
y en todos no sé qué hacerme:
que soy en un caso mismo
persona que hace y padece.

Si a don Hipólito ségo,
falso a don Luis meclamente;
Y si espero a don Luis, falso
a mis celos. Mas ¿qué teme
mi valer? No es morir todo?
Mátame el que antes pudiere,
don Hipólito o don Luis;
pues cosa justa parece
si me busca al que yo ofendo,
que busque yo el que me ofende.

Vase.

[La Florida.]

Salen Doña Clara y Don Hipólito.

HIPÓL.—En aqueste hermoso margen,
en este florido alberque,
que la hermosa primavera
a tanto estudio guarneció,
podeis decirme, señora
doña Ana, lo que a esto os mueve
¡pues ya sabéis que he de estar
a vuestro servicio siempre),
y no está grosera ni me
tan bellis rayos atrente.

Amanezca vuestro sol,
pues ya que el Cielo amaneca,
Clara.—Yo he de lo que me mandáis;
que a conceptos tan corteses,
que a discursos tan galantes,
hace mal quien no obedece.
[Descobrese.]

HIPÓL. [Aparte.]

! Doña Clara es, vive Dios!

CLARA.—¿Qué os admira? ¿Qué os sus-
yo soy; proseguid, que va
el desarrollo excelente.

HIPÓL.—Ni me suspendo ni admito
sino solo de que pienses
que no te habia conocido,
y sabido que tú eres,
pero quisiera vengal.

de que saigas desta suerte
de casa, trocando el nombre.
CLARA.—¡Oh, que anciano chiste es ese!

HIPÓL.—¡Vive Dios, que cuando dije
a don Luis que no viniese
tras mí, le dije quién eras!
Venga él, y si no dijere
que es verdad, castiga entonces
mis culpas con tus desdenos.

Yo voy por él, y dirá...
CLARA.—Todo quanto tú quisieres,
No le llames.

HIPÓL.—Pues ¿por qué?
CLARA.—Porque es el marido, que mien-
mas que vos del refranillo.
HIPÓL.—No, no; mejor es que entre
a desengañarte. [Ap.] No es
sino que yo busco este
desahogo, con que pueda
admirarme y suspenderme
de que de una mano a otra
así una mujer se trueque.)

Vase.

Salen Don Juan, [Doña Clara, al verte,
se echa el manto.]

Juan. [Aparte.]

(De toda la Florida
la estera, de muchos guarnecida,
celoso he discurtido,
y hallar en ella, ¡ay celoso!, no he po-
mis celos. ¿Cuándo, ¡Cielos!, [dijo
se hicieron de rogar tanto los celos,
que se escondan buscados?
Mas huyen, porque están ya declara-
¿No es aquella doña Ana?
Vano es mi enojo, y mi venganza va-
pues sola la he encontrado.)

¿Quién creerá que es tan necio mi culto que me pesa de vella. ¡Dado, no estando don Hipólito con ellas! Volveme quiero. Pero ¿cómo, ¡Cielos! ¡podré? Que son mis temoras los celos!

Piera enemiga mía. *[A ella.]*
falsa, sirena y engañosa arpía.
estinge mentirosa,
¿dónde está aquel amante

que tan firme te adora, tan constante,
porque me venga en el de ti mi necio,
y no en ti del mi lengua?
Caballero,
vos venís engañado
con tanta pena y tanto desentado;

para que a mí, tan necio y atrevido
me habéis, sin conocerme, con despre-

JUAN.—Decís bien: atrevido andure y
Por otra dama os tuve. ¡necio,
que como a Julia y sol guarda una nu-
con embozo de sol hallé una luna. ¡be,
Perdonad, mi señora,
que no hablaba con vos.

Salen DOÑA ANA y DOÑA LUCIA.

Yo puedo ahora
serviros de testigo,
pues no hablaba con vos, sino con mi-

CLARA.—Pues si con vos hablaba, ¡go,
hable con vos: que aquí mi enojo aca-

ANA.—Mucho me alegro, don Juan,
de que hayáis llegado a tiempo
que os desengañen y engañen
a vos vuestros ojos mismos;

porque si vos padecéis
a un mismo instante esos yerros
Ya es fuerza que los creáis,
pues quien pasa por ellos;
pues pensar que lo que vos
creéis, no puede otro, creerlo,
es hacer más advertido
al otro, y a vos más necio;

y no hay ninguno que quiera
tan mal a su entendimiento,
JUAN.—¡Oh, qué necio desengañado,
doña Ana, pues cuando vos
que es verdad que me engañaron
mis ojos, también advertí

que el desengañado me ofende,
pues tú le fués a este puesto!

Luego engañó y desengañó
todo ha sido engañó; luego
no te puedes excusar
del agravio de mis celos;

pues hoy, como del engañado,
del desengañado me ofendo,
pues el engañado era agravio;

ANA.—En haber venido aquí,
ni te engañó ni te ofendió;

pues por ti solo he venido,
JUAN.—Pues ¿pudiste tú saberlo?

ANA.—No; más pude advertirlo,
desta manera viniendo
para hacer que te buscara
don Hipólito.

JUAN.—¿A qué efecto?
ANA.—A efecto de que te diese
la satisfacción el mismo.

JUAN.—¡Oh, qué necia prevención!
Porque cuando da muy necio
el que fué segundo amante
al que fué amante primero,
de celos satisfacciones,
es cuando le da más celos

ANA.—No hagáis graduación de amores,
que no soy mujer que puedo
tener primero y segundo.

JUAN.—Calla, calla, que me acuerdo
de una noche... Pero aquí,
mas que yo, dice el silencio,
ANA.—¡Piquiera a Dios, las disculpas
que yo deso noche tengo,
pudiera significarte!

Pero puedo, si no puedo,
con decir que soy quien soy.

JUAN.—¡Ojalá bastara eso!

ANA.—Si bastara, si me amaras.

JUAN.—Porque te amo, no te creo.
ANA.—Pues ves aquí que en mi casa
anoche un hombre encubierto
estaba, que allí se entró...

JUAN.—Di. De la justicia huyendo,
ANA.—De la justicia huyendo,
y en efecto, enternecido
a mi llanto o a su esfuerzo,
se fué. Y si le vieras en
salir de mi casa, es cierto
que pagara yo la pena
de la culpa que no tengo.

JUAN.—No hiciere, cuando aquel hombre
fuera un hombre como Arcoo,
que es el que anoche en tu casa
escondido y encubierto
le tuvo doña Lucía.

Lucía. *[Aparte.]*
¡Por Dios, que me ven el juego!

ANA.—¿Qué dice? Lo que es verdad,
JUAN.—¿Hay tan grande estrevimiento?
JUAN.—Pero siendo un hombre noble
el que entonces quedo muerto,
y ardiendo con llave, ¿no
entraba?... Pero no quiero
pronunciarlo, por no ser
victora yo de mi aliento.

¿quedate a Dios, que te guarde,
doña Ana, para otro día...
que son muchos desengaños
para un hombre que va huyendo.

[Ap.] por esperar a don Luis
solo me voy y me quedo.

Vase.
ANA.—¡Tente, espera, escuchá, aguarda!
¿quién creerá mis sentimientos?

Salen DON HIPÓLITO, y tras él DOÑA CLARA

HIPÓ. *[A Doña Ana.]*
No pude hablar a don Luis
en todo el Parque...

CLARA. *[Aparte.]*
Yo vuelvo
tras don Hipólito, a ver
en qué parán sus enredos.

Lucía. *[Aparte.]*
¿Que hubiese tan mala lengua?

HIPÓ. *[A Doña Ana.]*
Pero, ¡vive Dios!, que es cierto,
Clara, que te conocí
desde el instante primero.

ANA.—No hicierais, porque si hubierais
conocidome, sospecho
que no os debiera mi honor,
don Hipólito, estos riesgos.

Advertid que habláis conmigo.

HIPÓ. *[Aparte.]*
¿Que tramoya es esta, Cielos?
Clara.—No hablaba sino conmigo,
como vos disteis, puedo
decir yo; que yo también
quien hable conmigo tengo.

HIPÓ. *[Aparte.]*
¡Vive Dios, que me han cogido
por hambre las dos en medio!

ANA.—Pues aunque vos me imitáis
a mí, imitaros no puedo
yo a vos; que no he de dejaros
sin averguar primero
un engañar con los dos.

HIPÓ. *[Aparte.]*
¡Por Dios que le ha conocido
don Luis, el primo del muerto!

HIPÓ. *[A Don Luis.]*
¿Este es don Juan de Guzmán?
El no conocerle siento,
para haber en vuestra ausencia
hecho...

LUIS.— Esperad, deteneos;

Lucía. *[Aparte.]*
¿Que haya en el mundo parteros?

HIPÓ.—Pues ¿qué esperáis?
ANA.—
que ha de orlo y ha de verlo...
y él viene ya; que esta sola
piedad al Cielo le debo.

Salen DON PEDRO, ARCOO y DON JUAN.

PEDRO.—No habéis de ir deso suerte
ya que en el Parque os encuentro,
después que toda la noche
os busque.

JUAN.— Mirad que tengo
que hacer y me va el honor.

PEDRO.—Oid a doña Ana primero.
ARCOO.—¿Qué hay, Lucía? *[Ap., a ella.]*
Parietas.

Lucía.—
Ya todo se sabe, Arcoo,
ANA.—¡Gracias a Dios que llegáis,
don Juan, una vez a tiempo,
que mi verdad conocéis!

Decid, doña Clara, ¿es cierto
que ayer fuisteis a mi casa,
de don Hipólito huyendo,
y que él creyó que yo fui
la tapada?

CLARA.— Si, y queriendo
cortesamente hacerle
una burla, escribí luego
un papel en vuestro nombre,
y en la casa de don Pedro
le fui a ver, donde pasó
lo que proseguiré el mismo.

ANA.—Con esto, don Juan, he dado
los desengaños que puedo.
El Cielo en los otros habla,
pues solo los sabe el Cielo.

Salen DON LUIS.

LUIS.—¡Señor don Juan de Guzmán!

PEDRO. *[Aparte.]*
Pecar se va poniendo esto.

ARCOO. *[Aparte.]*
¡Por Dios que le ha conocido
don Luis, el primo del muerto!

HIPÓ. *[A Don Luis.]*
¿Este es don Juan de Guzmán?
El no conocerle siento,
para haber en vuestra ausencia
hecho...

LUIS.— Esperad, deteneos;

que este duelo ha de vencer la hidalguita, y no el acero.

JUAN.—Pudierades esperar a verme solo en el puesto.

LUIS.—Importa que haya testigos para lo que hacer intento. A que fuese por espada, que se me quedó riendo con vos, me disteis lugar: si tanto, disculpá tango, pues por haberos escrito este papel, me detengo.

De la causa en que soy parte, este es el acortamiento:

que si deudor de una vida erais mío, y noble y cuerdo me la disteis, contra vos derecho ninguno tengo, y si entonces no lo hice, fué porque allí, no teniendo espada, no presumierais

que os daba el perdón de mledo, y así os le entrego, don Juan.

JUAN.—No sólo me dais la vida, sino el honor: y, pues, viendo

estáis la dama que fué ella os pague con los brazos lo que con armas no puedo.

AVA.—Pues con vuestras amistades todas las vuestras hacemos.

CHAM.—No hacemos: porque si ya no tengo quien me de celos.

HIPÓL.—Pues ¿hay más de no quietos? se casen luego al momento.

AVA.—Arco y doña Lucía de Lucías, y de Arceos? JUAN.—¿Maldanzas de abril y mayo dan fin: perdonad sus yerros.

BIEN VENGAS, MAL, SI VIENES SOLO

NOTA PRELIMINAR

ESIA vez no se han tenido en cuenta las foras. Es peculiar por ejemplo, que el autor suele escoger, o la alta nobleza urbana. El autor hace conjeturas al público. Dos son los pilares fundamentales en los que se basa para lograr el éxito: el chiste y el entredo. Con el primero se satiriza alguna costumbre, algún carácter, o incluso su propio menester. Cuidadon conoce resortes seguros, que, en un momento dado, le hacen que la atención del espectador y con ella su regocijo. Estas bromas o burlas son un recurso valiosísimo, aun cuando algún tema o rasgo más profundo pueda ser, sin embargo, esporádico.

La comedia comienza con un chiste. Un personaje pregunta a su criado si puede haber algo imposible cuando concurren, por lo común, tiempo, amor y torcida. Ante la respuesta negativa del criado, añade que existe una excepción: la mujer, si da en aborrecer. Este tipo de ironías produce una caricatura de época. Según va desarrollándose la trama, con objeto de tener siempre en tensión el interés del espectador, en los momentos convenientes, el autor coloca el chiste generalmente en boca del gracioso. Así, cuando dos caballeros se bautizan, afirma:

Fe ellos nos dicen que son hombres de honra y de opinión. ¿Por qué? Pueden sin hablar.

Y ese día da querer conseguir siempre la atención del público le lleva a hiperbolizar cada vez más la gracia, transformándola en retorcimiento. Lo mismo sucede con las composiciones y me-

gadan compare a la dama con el sol. Pues bien: en esta comedia es otra la dama encargada, no sin cierta afectación, de establecer la imagen.

MAVIA. ¿Qué descuidada estorras de tener, bella Doña Ana, vista tan de mostrada. Dete Dios muy buenos días.

AVA. Si tú los ropas envías del día al amanecer, es fueras que jugar de ser muy buenos. Dame los brazos.

En otra ocasión se hace referencia a la costumbre de las criadas de escuchar todo lo que pueden. O se hace una nueva reflexión sobre la indiscreción en la mujer.

Mujer eres, poco importa que descubras un secreto. No aspiras, Doña Ana, a ser el prodigio de los tiempos...

Y así podríamos citar muchos ejemplos... El otro pilar en el que se apoya esta comedia es el entredo. La intriga se complica, buscándose las situaciones más divertidas en las que concurren muchas circunstancias con objeto de divertir al público.

En Bien venegas... el entredo culmina en dos escenas: en la final del acto segundo y en la que desmitiza la obra. Don Luis, que marcha a recogerse, ve como dos hombres salen hablando de su casa, cayendo uno de los dos muert-

Señalarlo Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
CPR-RP

1306478